

EL PLANETA DE LAS MUJERES-ARAÑA

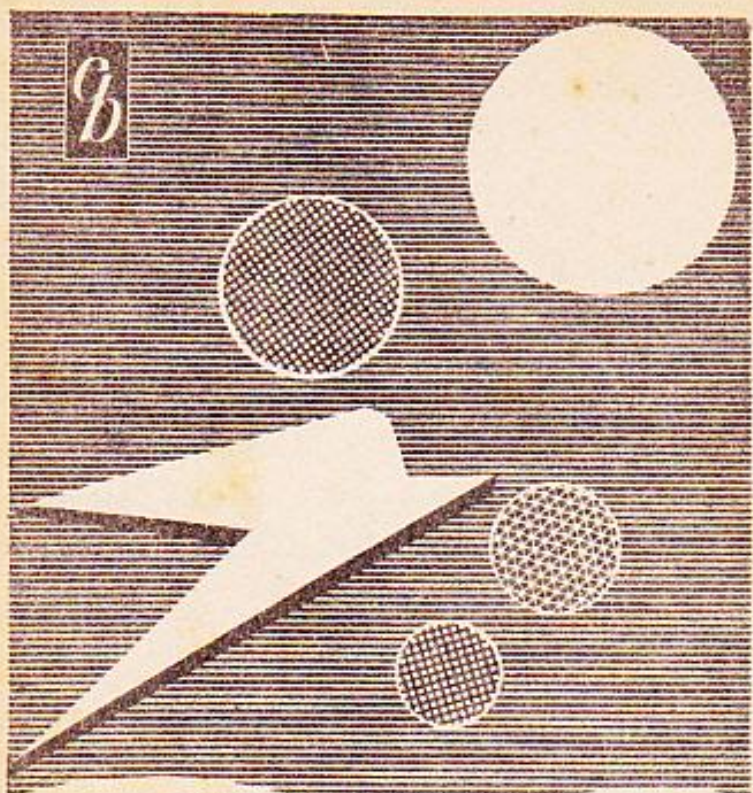
KEITH
LUGER



BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**KEITH
LUGER
EL PLANETA DE LAS
MUJERES-ARAÑA**

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 59 Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES .- CARACAS -

MEXICO

Depósito Legal B 27.958-1971
Impreso en España-Printed in Spain

1.a

edición:

setiembre,

1971

© KEITH

LUGER-1971 *sobre*

la parte literaria

© MIGUEL

GARCIA-1971

sobre la cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona –
1971

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA
COLECCION CAPITULO PRIMERO

54. —Los

supervivientes,

Marcus Sidéreo.

55. —Investigación a

un oráculo, *Glenn*

Parrish.

56. —

Alquimia

3000, *Curtís*

Garland.

57. —Intrusos

siderales, *George*

H. White.

58. —

Contrainvasión,

Glenn

Parris.

CAPITULO PRIMERO

—¿Por qué lloras, Betty?

—No estoy llorando, Rose.

—¿No? Llevas media hora metida en tu cuarto y te he oído llorar- desde la cocina.

—Está bien. Te lo diré. He terminado con Bob.

—

¿Sólo
es
por
eso,
Betty?

—¿Te parece poco? ¡Hemos mantenido relaciones durante tres años!

—

Y
os
ibais
a
casar.

—

Pero
ya no
nos
casaremos.

—Lo mismo te he oído decir por lo menos tres veces.

Betty Harris y Rose Marlowe compartían el apartamento. Betty era dibujante de diseños en una casa de modas y Rose trabajaba en una cadena de televisión, la A. H. R., para la que escribía guiones.

Betty era rubia, de ojos verdes, nariz respingona, rostro agradable, simpático.

Rose era morena, bellísima, con un cuerpo que causaba sensación en todas partes, sobre todo en los estudios de televisión. Estaba cansada de que le gastasen la misma broma. Según «ellos», había equivocado su carrera. No debía escribir, sino exhibir los encantos que la naturaleza había prodigado sobre ella, y para ello debía seguir la carrera de actriz.

—He descubierto que Bob está enamorado de otra, Rose.

—Son
suposiciones
tuyas,
Betty.

—
No,
Rose,
lo
sé
bien.
Betty cogió su
maleta y la puso
sobre la cama.

—
¿Qué
haces,
Betty?

—
Me
voy.

—
¿A
dónde?

—
A
mi

casa.

—¿Vas a dejar tu empleo por una riña tonta con tu novio?

—Sólo se trata de unas vacaciones. Conseguí el permiso de la señora Robson... Estaré una semana en mi casa. Ya sabes, dulce regreso al hogar.

—Lo malo es que el tuyo no es dulce.

—

Me
ayudará
a
olvidar.

—Creo que estás equivocada, Betty. Si de verdad quieres olvidar a Bob, deberías permanecer aquí, al pie del cañón. Sumérgete en el trabajo.

—

No.

—Oye, Betty, tienes los chicos como moscas a tu alrededor y, en cuanto se enteren de que has quedado libre de compromiso, te lloverán las propuestas.

—Oh, sí,
propuestas
para
cenar.

—

Por
algo
se
empieza.

Betty ya estaba llenando la maleta con su ropa. Rose dio un suspiro.

—¿Cuál es
tu destino?

—

Lincolnvile.

—Hay muchos Lincolnville
en el país. ¿Cuál es el tuyo?

—Nuevo México. Es un pueblo muy
pequeño, al lado del desierto.

—¿Y es ahí
donde
quieres
encerrarte?

—Ya te he dicho que
sólo será por una
semana.

—

¿Lo
has
pensado
bien?

—

Está
pensado
y
decidido.

—Por lo
visto, no te
voy a
convencer.

Betty sonrió con amargura y
besó a Rose en la mejilla.

—Eres una buena amiga, Rose. Pero estoy segura de que me
conviene apartarme un poco de Los Angeles.

—Betty, voy a convenir en que te apartes de Los Angeles,
pero no tanto, hija. En California hay muchos lugares,
hermosos pueblos costeros, donde puedes ir. ¿Por qué tienes
que meterte en el desierto?

—En Lincolnville
hay agua y crecen
las flores.

—

Bajo
un
sol
abrasador.

—De día, el sol pega fuerte, pero de noche refresca mucho.
En mi cama me pongo hasta tres mantas.

—Señoras y caballeros, ¿por qué no pasan sus vacaciones
en Lincolnville, Nuevo México?

Se han perdido lo mejor del mundo. Vayan a Lincolnville,
Nuevo México, y pasarán del invierno al verano en muy pocas

horas.

Betty cerró la maleta y
se maquilló ante el
espejo. Rose la observó
con los brazos cruzados.

—Me
dejas
preocupada,
Betty.

—

¿Por
qué?

—

Imagino
que te
irás en el
auto.

—

Sí,
claro.

—

No
estás
para
conducir.

—

Iré
despacio.

—

Lámame
cuando
llegues.

—No
tengo
teléfono
en
casa.

—Pero al menos habrá
un teléfono en el pueblo.

—

Hay
varios.

—

Entonces,
llámame.

—Está bien. Te llamaré desde el
almacén del señor Master.

—

¿Cuándo
llegarás?

—No tengo prisa. Son más de mil millas. Es
posible que tarde un par de días. Rose
acompañó a Betty hasta la puerta y se besaron.

—Buen viaje. Y recuerda que sólo es una semana. No se te
ocurra quedarte allí para el resto de tus días. Me disgustaría
pasar por Lincolnville dentro de unos años y que, al preguntar
por Betty Harris, me encontrase con una anciana.

Betty se echó a reír
mientras salía del
apartamento.

Betty Harris conducía su auto por la carretera que cruzaba el
desierto. Había hecho ya la mitad del camino desde Los
Angeles a Lincolnville.

El

viento
soplaba
con
fuerza.

Eran las cinco de la tarde, pero las
nubes habían oscurecido el cielo.

Tenía puesta la radio, oyendo música, y en aquel momento la
pieza fue interrumpida. Oyó la voz del locutor.

—Hacemos un alto en nuestra emisión «Baile usted con nosotros» para dar un boletín urgente que nos ha sido facilitado por el Servicio Meteorológico Estatal. Un huracán azota la zona del desierto Pelado. Vientos con velocidades de hasta cien millas están asolando extensas comarcas. Se ruega a los viajeros que se dispongan a cruzar estas regiones se abstengan de hacerlo. Aquellos que se encuentren en la zona afectada deben buscar refugio. Y seguidamente reanudamos nuestra cita con las mejores orquestas.

Continuó la pieza musical que se había interrumpido.

Betty se dijo que estaba en la zona a la que se había referido el boletín meteorológico.

De pronto, una fuerte ráfaga empujó el vehículo hacia el otro lado de la carretera. Betty giró el volante con brusquedad y logró mantenerse dentro del encintado.

Las palabras del locutor repercutieron en su mente: «Aquellos que se encuentren en la zona afectada deben buscar refugio».

Ella desconocía aquella parte del estado. No sabía qué pueblos podría haber cerca, aunque tenía una idea de que, entre uno y otro pueblo, existía una gran distancia.

El rugido del viento ensordecía la música y silenció la radio.

Las ráfagas le llegaban de frente y arrastraban mucho polvo. Apenas podía ver la carretera. Sujetaba con las dos manos el volante, pero el vehículo daba bandazos[^] Tan pronto estaba a la derecha como a la izquierda.

Era una suerte para ella que se encontrase a solas en la carretera. Hacía horas que no veía

un vehículo y comprendió que los posibles viajeros habían sido ya advertidos de la peligrosidad de aquel huracán.

Se sintió llena de angustia. Podría detenerse, pero tuvo miedo de aquella soledad. Y, además, las negras nubes podían abrir sus compuertas y descargar toneladas de agua sobre la tierra.

Una casa la salvaría de aquella

situación. Una casa cualquiera.

Descubrió un camino por entre la arena que golpeaba contra el parabrisas. Desvió el coche por él. Dando tumbos a un lado y a otro, el vehículo siguió adelante.

Había recorrido seis millas cuando a la vuelta de una curva vio una casa grande.

Estaba salvada. Apretó el acelerador y el coche cobró velocidad, y cuando llegó ante la casa, se detuvo.

Saltó del vehículo y una ráfaga la arrojó al suelo. Logró levantarse, pero tuvo que cerrar los ojos porque la arena la cegaba. Trató de cerrar la portezuela del vehículo, pero el viento huracanado era tan fuerte que le era imposible.

Tambaleante, se dirigió hacia la casa. Subió al porche y se precipitó sobre la puerta, golpeándola una y otra vez.

Al fin le abrieron y unas manos la cogieron. Betty dio un grito.

—Tranquilícese —dijo una voz ronca. Era un hombre quien la tenía entre sus brazos. Un hombre de unos treinta y cinco años, alto. Se cubría con camisa a cuadros y pantalones de pana. Su rostro era bronceado y sus ojos muy claros, tan claros que parecía ciego.

—El huracán —dijo Betty—. Me ha sorprendido en el camino.

—
¿Quién
es
usted?

—
Betty
Harris.

—
¿A
dónde
se
dirige?

—
A

Lincolnville.

—

¿De
dónde
viene?

—

De
Los
Angeles.

Betty vio una escalera que conducía al piso alto de la casa. A la izquierda había una puerta que debía dar al salón.

—¿Puedo saber su
nombre? —preguntó
Betty.

—

Ed
Mitchell.

—

¿Está
solo
en
la
casa?

—

Sí.

—¿Cómo
vive aquí,
señor
Mitchell?

—¿Que cómo
vivo aquí?
Porque quiero.

—Me refería a que es un
lugar bastante inhóspito.

—Señorita Harris, no acostumbro a dar razones de mi
conducta a nadie. Me gusta vivir solo.

—

Perdone
si le
he
molestado.
Mitchell
soltó
un
gruñido.

—Me temo que tendrá que
quedarse aquí por esta noche.

Betty sintió un escalofrío por la espalda. Quedarse a solas con
aquel hombre no le gustaba. Pero oyó el rugido del huracán y
se dijo que no podría hacer otra cosa. Tendría que aceptar la
hospitalidad de Mitchell.

—Me temo que tendré que romper su
aislamiento. No sabe cuánto lo siento.

—No se preocupe. Necesitará
su maleta. Saldré por ella.

—Oh, no, señor Mitchell, no
debe salir con el huracán.

—No se preocupe. Tengo bastante peso y puedo
soportar vientos más fuertes. Antes de que Betty
pudiese replicar de nuevo, Mitchell abrió la puerta.

Una ráfaga arrojó
mucho arena en el
vestíbulo.

Mitchell salió a pesar de eso
y cerró la puerta tras de sí.

Betty quedó a solas, escuchando el rugido del
viento, cada vez más amenazador. Pasó un minuto.

Dos. Tres. Mitchell no volvía.

¿Y si el viento lo había
arrastrado? Ella le había
advertido.

Miró a sus espaldas y vio aquella escalera. No supo por qué,
pero otra vez sintió aquel escalofrío.

De pronto oyó un ruido. Venía de arriba. Era como si

un animal arañase la madera.

CAPITULO

II

Se
sintió
llena
de
pánico.
Saldría
en
busca
de
Mitchell.

Abrió la puerta y lanzó un alarido cuando el viento la azotó con violencia.

—¡Señor Mitchell!... ¡Señor Mitchell!

No podía ver nada porque la arena que arrastraba el vendaval se lo impedía.

Pero en un momento que hubo un claro, quedó asombrada al ver que el coche no estaba donde ella lo había dejado.

—¿Dónde está, señor Mitchell?

Salió al porche y logró cerrar la puerta.

Una ráfaga la empujó, haciéndola retroceder.

Tuvo que dejarse caer de rodillas para que el ciclón no la siguiese arrastrando.

—Señor Mitchell —gimió.

Donde quiera que se encontrase, Mitchell no la podría oír porque el huracán había estallado en toda su violencia.

Tenía que entrar en la casa. Se arrastró, clavando las uñas en la madera del porche, y fue

avanzando lentamente, la cabeza agachada, porque el vendaval la azotaba de frente. Logró llegar a la puerta y alargó la mano, y la puso en el tirador. Hizo girar éste.

Entró en la casa por el hueco, y desde el mismo suelo apretó su cuerpo contra la madera para impedir que ésta se abriese. Por el resquicio se colaba el aire. Estaba apretando con todas

sus fuerzas para cerrar y lo logró. Se relajó como una pobre niña desvalida en el suelo.

Otra vez oyó aquel ruido procedente de allí arriba, como garras que arañaban. Pero no le parecieron las de un animal, sino las de muchos animales juntos.

Era una tontería pensar en eso. El huracán arrojaría sobre el techo guijarros y aquellos guijarros, al chocar y resbalar, tenían que producir el ruido.

Se levantó.

¿Y Ed Mitchell? ¿Habría sido arrollado por el huracán?

¡El teléfono! Aquella casa debía tener teléfono. Corrió hacia el salón. Sí, allí había un teléfono. Descolgó rápidamente, pero no oyó nada. Empezó a golpear la horquilla.

No, aquel teléfono nunca le serviría para ponerse en contacto con el mundo exterior. La línea estaba cortada. El huracán habría derribado los postes. Toda la comarca se encontraría aislada.

Volvió a dejar el teléfono en la horquilla.

Oyó algo a su espalda. Se volvió bruscamente y lanzó un grito de horror al ver que una araña corría por la pared. Era una araña grande, negra, de abdomen abultado y patas peludas... La araña se detuvo cerca del teléfono, donde ella había estado, y empezó a retroceder. Betty miraba a la araña y la vio escapar por un pequeño hueco que comunicaba con el piso superior.

Se tranquilizó. Sólo había sido una araña. Un animal. Una araña como había visto otras en su vida. No, no era verdad. Nunca había visto una araña tan grande. Pero, ¿por qué tenía que pensar ahora en la araña y en su tamaño?

Regresó al vestíbulo. Por aquella puerta había salido Mitchell en busca de su maleta, pero

no

había

regresado.

—Señorita Harris —

dijo una voz a su

espalda. Se volvió

llena de espanto.

Allí estaba

Mitchell, junto a

la escalera.

—¡Señor

Mitchell,

me ha

asustado!

—

¿Por

qué?

—Lo vi salir y no le he oído entrar. —Entré por la puerta trasera. Betty no dijo nada.

—Aquí tiene su maleta, señorita

Harris. La tenía a sus pies.

—¿A dónde llevó el auto, señor Mitchell?

Salí un momento y no lo vi.

—Lo metí en el granero. No debió salir, señorita Harris. Se expuso demasiado. Este huracán la hubiese levantado como a una pluma.

—

Estaba

intranquila

por

usted.

—Yo sé
arreglármelas en
cualquier situación.

Mitchell cogió la
maleta y miró la
escalera.

—¿Quiere seguirme? Le
indicaré dónde pasará la
noche. Betty subió la escalera
detrás de Mitchell.

Llegaron a un corredor. A la derecha había una
puerta y otra a la izquierda. Mitchell abrió la
puerta de la derecha.

—Su
habitación,
señorita
Harris.

Betty entró en la habitación. Había una cama, una mesilla de
noche, una silla y un armario. También vio una pequeña
ventana sobre la que el viento arrojaba la arena.

—Le prepararé comida —dijo el
hombre de los ojos claros.

—
No
tengo
apetito.

—Debe comer algo, si no es
demasiado exigente. —Oh, no lo soy.

—Calentaré unas
habichuelas. Son
de lata.

—
Me
gustan.

—
La

espero
abajo.

—
Sí,
señor
Mitchell.

El hombre se fue a retirar, pero se detuvo. —Señorita Harris, quiero hacerle un ruego.

—
Diga.

—No entre en esa habitación —estaba señalando la puerta del otro lado.

Betty no había tenido la menor intención de espiar a Mitchell.

Para ella, aquella habitación no tenía la mayor importancia.

Era simplemente eso: una habitación más de la casa. Mitchell salió, cerrando la puerta y dejándola a solas.

Betty se preguntó por qué Mitchell le había prohibido que entrase en la habitación de enfrente. ¿No le había dicho que estaba solo en la casa?

Sintió ganas de llorar. Se encontraba sola, muy lejos de Rose Marlowe. Recordó sus palabras. Rose le había dicho que se quedase en California, que fuese a cualquier pueblo costero para pasar sus días de vacaciones o que se sumergiese en el trabajo para olvidar a Bob. Ojalá le hubiese hecho caso.

Pero ya no había forma de cambiar los hechos. Estaba allí, en una casa solitaria, con un hombre llamado Ed Mitchell que se comportaba de una forma extraña.

Tenía el cuerpo lleno de arena. De buena gana se hubiese dado un baño. Se quitó la ropa y con una toalla se limpió el cuerpo.

Había dejado la maleta abierta. No se dio cuenta, pero, mientras ella se limpiaba, una araña había aparecido por la almohada de la cama, viniendo de atrás.

Y la araña avanzó hacia la maleta, se metió en ella y se detuvo sobre un jersey.

Betty se volvió para sacar ropa limpia de la maleta y entonces vio la araña y soltó un chillido.

La araña permaneció unos instantes sobre el jersey y saltó de la maleta, corrió por la cama y desapareció por detrás de la almohada.

Betty respiró profundamente.

Rechazó el jersey que había tocado la araña. Se puso la ropa interior, una blusa y una falda.

Cerró la maleta porque pensó que la araña podría volver.

Salió de la habitación y miró la otra puerta, la que según Mitchell no debía abrir. Dio un paso hacia ella. Creyó oír un ruido. Venía de allí dentro. Zarpas arañando el tablero.

Ahora estaba segura de que no era el viento. No, en el interior de la habitación había

alguien. Sintió que se le helaba la sangre y no quiso detenerse más.

Corrió hacia la escalera y bajó rápidamente. Entró en el *living*, pero no vio al dueño de la casa.

—

Señor
Mitchell

—

llamó.

No

le

contestaron.

Instintivamente, se acercó otra vez al teléfono. Descolgó como si esperase un milagro, pero tampoco oyó nada por la línea. Oyó pasos y colgó el auricular.

Mitchell apareció con una bandeja.

—Aquí tiene, señorita Harris. Le he frito unos huevos con tocino.

—Se molestó demasiado.

Mitchell puso la bandeja en la mesa. Pero sólo había un plato con habichuelas y otro con huevos fritos con tocino.

—¿No come usted, señor Mitchell?

—Comí antes de que llegase.

Mitchell se fue hacia la ventana y miró al exterior.

Betty le hizo la pregunta que le quemaba los labios:

—¿Cuánto durará este huracán, señor Mitchell?

—Unas horas, quizá toda la noche.

—¿Ha habido otros como éste?

—Un par de ellos desde que estoy aquí.

Hubiese querido preguntarle: «¿Cuánto tiempo lleva aquí?»

Pero pensó que era algo demasiado personal.

Comió las habichuelas y luego dijo:

—No tengo más apetito. Lo siento, señor Mitchell, pero lo que necesito es dormir.

—Puede ir a su habitación cuando quiera.

—

Gracias
por
todo.

—No

hay de
qué,
señorita
Harris.

La joven abandonó el
salón y subió la
escalera.

Cuando iba a abrir la habitación que Mitchell le había
destinado, miró otra vez aquella puerta, la del frente.

Entró
rápidamente en
su cuarto y
cerró.

Estaba a punto de hacerse de noche. Dio la vuelta al
interruptor de la luz, pero no se encendió ninguna bombilla.
Naturalmente, también los postes conductores de ta
electricidad habrían sido abatidos por el huracán.

Empezó a pasear de un lado a otro de la estancia. No, no se
acostaría en aquella cama. Se sentaría en la silla y, sin
dormir, esperaría hasta que amaneciese.

Llamaron
a
la
puerta.

—

Señorita
Harris.

Era
la
voz
de

Mitchell.

—
¿Qué
quiere?

—
Le
traigo
un
candelabro.

Abrió. El rostro de Mitchell, a la luz de las tres velas del candelabro, parecía extraño, con sombras cambiantes y los ojos más claros que nunca.

—Es usted muy
amable, señor
Mitchell.

El no dijo nada. Le dio
el candelabro y se
retiró.

Betty cerró la puerta y puso el
candelabro en la mesilla de noche. Se
sentó en la silla.

El huracán
continuaba en
toda su violencia.

Una vez más, deseó encontrarse muy lejos de allí. Pero tenía que ser realista. No estaba en Los Angeles ni en Lincolnville. Se hallaba muy lejos de su casa, pero aquél tenía que ser un lugar seguro para ella. No, no estaba amenazada por ningún peligro. Mitchell era un hombre extraño, pero le había brindado su techo, le había dado cena. Y ahora estaba en aquella habitación, a la que Mitchell le había llevado un candelabro con tres velas para que tuviese luz.

Empezó a adormilarse. Varias veces intentó luchar contra el sueño, pero el cansancio o las emociones la habían agotado. Cerró los ojos, inclinó la barbilla sobre el pecho y se durmió.

Despertó creyendo oír voces. Sí, eso le parecían. Voces

femeninas. Pero ella estaba sola en la casa. ¿O habría otras mujeres? Oh, no, qué tontería.

Y entonces oyó una risa. Sí, una risa de mujer. Y procedía de afuera. Recordó la habitación que Mitchell le había prohibido abrir.

Cogió el candelabro y empezó a andar hacia la puerta.

Seguía oyendo confusamente las voces de mujeres. No sabía lo que decían, pero hablaban entre ellas. Puso la mano en el tirador y abrió poco a poco.

En el corredor no había nadie. Miró la puerta de enfrente, y a través de ella pudo oír las voces femeninas. Y ahora supo lo que hablaban:

—

¿Qué
tal
estoy?

—

Muy
bien.

—

¿Parezco
realmente
una mujer?

—

Eres
perfecta.

—

¿Cuándo
saldremos
de
aquí?

—

Ya
nos
lo
dirán.

Betty estaba inmóvil como una estatua. ¿Quiénes eran aquellas mujeres? ¿Por qué decían aquello?

Se fue acercando a la puerta de enfrente.

Puso la mano en el tirador. Recordó las palabras de Mitchell: «No entre en esa habitación».

Pero ella necesitaba hablar con aquellas mujeres porque se encontraba muy sola. No lo pensó más.

Abrió la puerta. Levantó el candelabro con las tres velas.

Y entonces Betty Harris se sintió morir al ver la escena que se ofrecía ante sus ojos. Todos los rincones y las paredes estaban llenas de telarañas. Y al final de aquellos embudos, como atrapadas en los hilos pegajosos, había mujeres como ella. Mujeres cuya piel estaba cubierta de un esmalte negro. Contó hasta media docena, pero también había arañas, centenares de arañas. Y todas ellas empezaron a emitir un ruido y a correr por los hilos en dirección a Betty Harris.

CAPITULO

III

Betty Harris lanzó un grito de horror. Se había quedado como pegada al suelo. Las primeras-, arañas estaban llegando cerca de ella.

Entonces levantó el brazo con el candelabro. Las llamas prendieron en las arañas y en los hilos pegajosos.

Algunas arañas fueron alcanzadas por las llamas y chisporrotearon mientras se abrasaban, lanzando chirridos.

Los ojos de Betty estaban desorbitados.

Las mujeres que estaban en las telarañas, con el cuerpo cubierto de esmalte negro, abrieron la boca y empezaron a soltar chillidos, y algunas de ellas movieron sus brazos y sus piernas y se desplazaron ágilmente por entre los hilos, avanzando hacia donde estaba Betty.

La joven dio media vuelta y echó a correr, saliendo de la habitación.

No, no entró en la que le había sido destinada por Mitchell. Cruzó el corredor hacia la escalera, se detuvo y volvió la cabeza.

Y entonces su grito se convirtió en un alarido al ver que las arañas salían en tropel de la habitación prohibida y que corrían hacia ella.

Bajó la escalera rápidamente y de pronto chocó contra Mitchell.

—

¡Señorita Harris!

Betty lo miró sobrecogida por el pánico y vio los ojos de Mitchell llenos de furor.

—¿Qué es lo que

ha hecho, señorita
Harris?

—

¡Esa
habitación!...

Mitchell levantó la mirada hacia la escalera. Por ella
bajaban ya las arañas en tropel.

—¡Señorita

Harris, le dije que
no entrase!

—¿Quiénes son esas mujeres? ¿Por
qué están en esas telarañas?

—¡Señorita Harris, no
se ha comportado
bien!

—¡Le he
preguntado
quiénes son
ellas!

—

¡No
lo
sabrás!

—

¡Déjeme
salir!

—¡No puede salir! ¿Es que
no recuerda el huracán?

—

¡Me
iré
ahora
mismo!

—No, señorita Harris. Usted se
quedará aquí y para siempre.

Betty miró la escalera, por donde seguían bajando las arañas,
produciendo un gran alboroto con sus peludas patas.

—¡Quiero irme, señor
Mitchell!... ¡Quiero
irme!

—
¡Usted
se
quedará
con
ellas!

—
¡No!
—Sí, señorita
Harris. Usted ya no
puede irse.

—
¡Por
favor!...

¡Por
favor!
Mitchell la
empujó hacia
la escalera.

Y Betty miró las arañas que estaban
descendiendo el último tramo.

—Tiene que ir con ellas,
señorita Harris. La tratarán
bien.

—¡No quiero ir con ellas! ¡No!

Betty arrojó el candelabro contra el rostro de Mitchell, el cual la dejó libre y retrocedió, lanzando un grito de dolor porque había sido alcanzado por las llamas.

Betty corrió hacia la puerta cuando ya una de las arañas le estaba subiendo por una pierna.

Pegó un manotazo a la araña y la arrojó lejos sin dejar de lanzar gritos de horror. Trató de abrir, pero no pudo.

Se dio cuenta entonces de que el cerrojo estaba pasado.

Las arañas pasaron junto a Mitchell, que seguía aullando con las manos en el rostro, y avanzaron más aprisa que nunca hacia Betty.

La joven logró despasar el cerrojo y abrió la puerta en el momento en que algunas arañas estaban a punto de alcanzar sus pies.

El vendaval que entró por el hueco empujó las arañas lejos de Betty. La joven salió de la casa y echó a correr en medio del huracán.

—¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Necesito ayuda!

Tuvo que cerrar los ojos porque la arena le cegaba.

Continuó corriendo a través del viento que le azotaba.

No, no podía volver al granero en busca de su auto o caería en poder de las arañas, o de

aquellas mujeres con el cuerpo cubierto de esmalte negro y que se deslizaban por los hilos con la agilidad de las arañas.

Sabía dónde estaba la carretera principal. No podía perderse.

No, no podía. Corrió en aquella dirección.

Respiraba entrecortadamente. Le dolía el costado.

Se detuvo y el viento huracanado la arrojó al suelo y la hizo rodar hasta una hondonada. Quizá pudiese permanecer allí hasta que el huracán terminase, y entonces seguiría corriendo hacia la carretera.

Pero Mitchell iría en su busca porque la tenía que alcanzar antes de que ella pudiese informar a la policía de lo que había visto en aquella casa.

Reunió fuerzas para levantarse y siguió andando a través del ciclón. Otras dos veces cayó, pero logró levantarse y proseguir su camino. Ya no le quedaban fuerzas.

¿Dónde estaba la carretera? ¿Dónde?

De pronto creyó ver unos faros a lo lejos. Un automóvil. Tenía que ser un automóvil.

—¡Socorro!... ¡Estoy aquí!... ¡No me dejen! ¡Párense!

Los faros se acercaban, taladrando la oscuridad de la noche. Betty agitó los brazos desesperadamente.

—¡No me dejen aquí!... ¡No me dejen!

Los faros ya estaban muy cerca y cegaron los ojos de Betty. Oyó los chirridos de los neumáticos y el auto se detuvo, haciendo crujir la carrocería. Betty se dejó caer de rodillas en la tierra.

Oyó abrirse la portezuela del coche y un hombre con un pañuelo en la cara gritó:

—¿Qué infiernos hace usted?

—¡ Por favor! ¡Por favor! —gritó Betty.

El hombre le ayudó a levantarse y Betty se tambaleó como si estuviese ebria.

El hombre la cogió en brazos
y retrocedió hacia el auto.

—

¡Ayúdame,
Peter!

Otro hombre que estaba dentro del coche
abrió la portezuela trasera. El hombre del
pañuelo en la cara puso a Betty en el
asiento.

Betty abrió los ojos y vio al
hombre que la había recogido.

—¡No se detengan, por
favor! ¡Vámonos de
aquí!

—

¿Había
alguien
con
usted?

—

Sí.

—Entonces, tendremos que
intentar salvarlo también.

—

¡No,
no
lo
hagan!

—Pero usted ha dicho que
había alguien con usted.

—

¡Mujeres-
araña!

—

¿Cómo?

—¡Mujeres como las arañas!... ¡Y muchas arañas!

¡Centenares de arañas! ¡Todas contra mí!

Los
dos
hombres
se
miraron.

—No se preocupe, señorita —dijo el que había recogido a Betty—. En el desierto hay arañas. Mi amigo Pat y yo hemos visto muchas. Pero ya está lejos de ellas.

—No, no eran arañas del desierto. Eran otra clase de arañas —dijo Betty, y se desmayó. El llamado Peter dio un suspiro.

—Eh, Pat, creo que esta chica
ha sufrido un fuerte *shock*.

—Tendremos que llevarla a un hospital. —El más cercano es el de Union City, y nos pillará de camino.

—De acuerdo. Pero
ten cuidado con el
volante.

—El huracán ha cedido un poco.
Seguiremos tan despacio como antes.

El vehículo se alejó de aquel lugar en donde Betty Harris
había conocido a las mujeres-araña.

*

*

*

—¿Cómo está, doctor?

—Mal, francamente mal.

Rose Marlowe había acudido
al hospital de Union City.

Rose no había vacilado en ponerse en camino cuando le dijeron que Betty había pasado las primeras horas sin sentido y que, cuando lo recuperaba, parecía haber perdido el juicio. Pronunciaba palabras incoherentes. Acababa de llegar al

hospital y le había recibido el doctor a cuyo cargo estaba Betty Harris: Dan Lawson, un hombre de unos treinta años, rostro de facciones agradables.

—¿Cuáles son las causas del estado de Betty?

—

Pasó
por
un
difícil
trance.

—

¿Se
refiere
al
huracán?

—Sí, señorita Marlowe, el ciclón «Wanda», que asoló esta región hace tres días, sorprendió a su amiga cuando ella se encontraba de viaje... Su situación debió ser angustiosa. Se alejó de la carretera en su auto, y no pudo seguir.

—¿Por qué no se quedó dentro del auto?

—Su amiga debió ser presa de un miedo horrible que la hizo salir del coche.

—Parece un poco absurdo. En el coche habría estado segura.

—Lo habría estado. El auto fue encontrado a unas treinta millas de Union City.

—¿En la carretera?

—En el desierto. Al parecer, no le faltaba nada. Conservaba su maleta y su bolso. Tenía el número telefónico de usted.

—¿Puedo verla?

—Desde luego, pero no más de cinco minutos. El propio doctor la acompañó hasta la habitación de la paciente.

Betty estaba inmóvil en la cama, el rostro demacrado, muy pálido, los ojos cerrados. Rose se acercó al lecho.

—Betty.

Su amiga no pareció reaccionar. —Betty, soy yo. Rose.

La enferma empezó a abrir los ojos y de pronto pegó un chillido.

—¡Doctor, está aquí! ¡Está aquí!

—¿Quién, señorita Harris?

—¡Una mujer-araña!

Rose se inclinó sobre su amiga.

—Mírame bien, Betty. No soy una mujer-araña. Soy Rose Marlowe.

—¡No!... ¡No!... ¡Protéjame, doctor!... ¡Me quiere llevar con ellas! ¡Sabía que vendrían a por mí! ¡Lo sabía!... ¡Mitchell me la envió! Quiere que vuelva a la casa con ellas...

—¿Con quiénes, Betty? —preguntó Rose.

—¡Usted lo sabe bien! ¡Con las mujeres-araña!

—Betty, por favor, tienes que reconocerme. ¡Soy tu amiga Rose!

—¡Doctor!... ¡Llévesela, doctor!

El doctor Lawson cogió del brazo a la visitante.

—Lo siento, señorita Marlowe. Pero será mejor que salga.

Rose se sintió profundamente conmovida. Salió de la habitación con el médico. En el corredor, Dan Lawson dijo: —Ya lo ha visto.

—No comprendo todo eso que me dijo de que soy una mujer-araña.

—Es lo que repite una y otra vez, cuando se le acerca una enfermera.

—¿Se refiere a que Betty sólo siente el pánico cuando se le acerca una mujer?

—Exactamente. Y la llama mujer-araña. Como a usted.

—Es terrible.

—Lo siento.

—Se curará, ¿verdad, doctor?

—Es prematuro hablar de eso.

—¿Supone que Betty... se ha vuelto loca?

—De momento, -sufrir una fuerte perturbación mental. Pero es pronto para emitir un diagnóstico definitivo.

—¿Cuánto tiempo ha de pasar para eso, doctor?

—Tampoco se lo puedo decir... Un día, dos, quizá una semana...

—Me quedaré en Union City unos días. Pedí permiso en el lugar donde trabajo.

—¿Y dónde trabaja?

—En una emisora de televisión.

—Caramba,
debe ser muy
emocionante.

—Y muy pesado, doctor.
¿Me recomienda un hotel?
Lawson se tironeó de una
oreja.

—El Murray. Está en la calle Mayor, hacia
la mitad. No tiene pérdida.

—Ha sido usted muy amable, doctor. ¿Cuándo
podré volver para visitar a Betty?

—Llámemme mañana y se lo
podré decir. La acompañaré.

—No se preocupe. Conozco el camino, doctor. No le quiero
apartar de sus pacientes. Hasta pronto.

—
Encantado,
señorita
Marlowe.

Rose salió del hospital, encaminándose
hacia el estacionamiento. De pronto
tropezó con alguien. Un hombre que
salía de un coche.

—
Perdón

—
dijo
él.

Rose vio su cara. Era rubio de ojos muy claros, tan claros que
parecía como si estuviese ciego.

—Fue culpa mía —dijo

Rose—. Caminaba
distráida. El no dijo nada y
Rose se apartó.

Cuando iba a entrar en su coche vio al rubio, que
la seguía mirando con fijeza.

¿Qué tenía de particular eso? Su figura les impresionaba. Y la

verdad, no se sentía molesta por agradar a los hombres.

Sacó el coche del estacionamiento y, al mirar al hospital, pensó en Betty y se mordió el labio inferior. ¿Cómo podía pensar en los hombres cuando Betty estaba allí dentro? La pobre Betty debía haber sufrido mucho cuando se encontró en medio de aquel ciclón.

¿Qué había visto Betty para hablar de las mujeres-araña? Debía referirse, naturalmente, á arañas. Simplemente a eso. En el desierto hay muchas. Betty había salido del coche y quizá fue a caer cerca de un nido de arañas. Y ello, unido al temor de verse en peligro de muerte, azotada por aquel huracán, le había hecho ver cosas que no existían.

Ya

estaba

en

la

calle

Mayor.

Buscó con la

mirada el anuncio

del hotel.

Y en ese momento chocó con el coche de delante. El impacto fue bastante fuerte y oyó un ruido de faros rotos.

Su coche había embestido por detrás a un convertible en el que viajaba un hombre. Y estaban ante un semáforo en rojo.

El hombre bajó del coche. Era alto, de cabello negro, atuendo deportivo, chaqueta a cuadros y pantalón gris. Llevaba un pañuelo alrededor del cuello y camisa a listas azules. Rose se sintió tan impresionada que se quedó junto al volante.

El hombre del atuendo deportivo miró la parte trasera de su coche y luego levantó los ojos. Rose notó que eran muy negros y que brillaban con un poco de fiereza.

—Hola, linda. ¿Pasando el rato matando a lo que se le pone por el camino?

—

¿Eh,

cómo
dice?

—Apuesto a que mata a todos los ciervos que se le cruzan por la carretera. Conocí a un tipo que, por cada viaje que hacía, se traía a su casa una pieza. Y palabra que no llevaba escopeta.

—¿Se
cree
usted
muy
gracioso?

—No tengo la menor intención de ser gracioso, señorita.
¿Cómo dijo que se llamaba?

—No se lo dije.

—Pues tendrá que decírmelo.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Me ha causado desperfectos por valor de doscientos dólares. Y no los voy a pagar yo. ¿O prefiere que vayamos a la comisaría?

—Soy Rose Marlowe.

—Y yo, Barry Morgan.

—Señor Morgan, no me irá a echar la culpa de este accidente.

—¿Cómo ha dicho?

—Que todavía está por demostrar que yo soy la culpable. Barry Morgan miró al cielo.

—Mujer, tenía que ser una mujer.

—También nos dan el carnet de conducir.

—Mal hecho, muy mal hecho —le sonrió él, con amargura.

—¿Es antifeminista?

—No, señorita Marlowe. Sólo estoy en contra de las mujeres que se creen las dueñas del mundo.

—¡Yo no me creo la dueña del mundo!

—Entonces, ¿me quiere decir por qué embistió a mi coche?

¿No le gustó el color, quizá?

—Hablando de color, es horroroso.

—De modo que no le gusta el color rojo de mi convertible.

—Ni las listas azules de su camisa.

—¿Y de mi pañuelo? ¿Qué tiene que decir de mi pañuelo? Es morado con pintas.

—No me gustan las pintas. Ni el morado.

—¿Y cuál es su color favorito?

—¡tol verde.

—Pues tiene el gusto de las vacas.

—¿Cómo ha dicho?

—Vacas, señorita Marlowe. Esos animalitos que usted debe embestir en cuanto llegue con su coche a un prado.

—¡Yo no soy una vaca!

Barry miró a través de la ventanilla.

—¿Le he dicho que lo fuese? Yo diría que es usted más bien una potranca.

—¿Yo una potranca?

—Lo digo por sus remos.

—Oiga, aquí el único animal que hay es usted.

—No me diga.

—Y debería estar ya en una cuadra.

—No, al final me colocará en un pesebre.

—Podría irse porque ya le habrán puesto el pienso.

—A propósito de pienso, ¿la invito a comer?

—¿Cómo?

—De paso, discutiremos lo de la indemnización.

—¡Yo no como nada con usted!

—Le
prometo
que no
pediré
alfalfa.

—
¡Señor
como
se
llame...!

—Barry Morgan. ¿Cómo lo ha podido olvidar? ¿No sabe que los Morgan son los multimillonarios de Nueva York?

—¿Es
usted uno
de esos
Morgan?

—No,
señorita.
Qué pena,
¿verdad?

—Claro, usted debe ser de los otros
Morgan, de la rama de los piratas.

—Señorita Marlowe, me conmueve la forma que
tiene de recordar a mi familia.

—Apuesto a
que no me he
equivocado.

—No mucho. Según me contaron, a
mi bisabuelo lo ahorcaron.

—
Por
pirata.

—No, señorita Marlowe. Le pusieron la soga por cuatrero. Tiene una bonita historia. Pasó tres días con tres noches a solas con Juanita *Calamidad*. A propósito, ¿por qué no nos reunimos y me escucha la historia de las relaciones de mi

abuelo y Juanita *Calamidad*?

—¡Usted a mí no me va
a contar ninguna
historia!

—Pues
escupa los
doscientos
dólares.

—
¿Qué?

—Los doscientos pavos que necesito para reparar los
desperfectos de mi coche. —¡Usted es un estafador!

—
¿Cómo
dice?

—
Rebaje
la cifra,
señor
Morgan.

—
Ni
un
centavo.

—Tendrá que conformarse con cien dólares.
Barry se tironeó de una oreja.

—Está bien. Llamaremos a la policía, y que
ellos se encarguen del asunto

—se
fue
a
dirigir
a su
coche.

—
¡Espere,
señor

Morgan!

El

volvió

la

cabeza.

—¿Decía usted algo, señorita Marlowe? La joven apretó los dientes, rabiosa.

—¿Quiere hacer el favor de acercar sus pezuñas hacia aquí?

—¿Qué ha dicho? No le he oído bien.

—

Sus

pies,

señor

Morgan.

—

Ah,

ya.

Barry se aproximó otra vez a la ventanilla del coche de Rose. Ella abrió su bolso y sacó un fajo de billetes. Empezó a contarlos.

—Setenta y cinco... Noventa... Ciento diez... Sólo tengo ciento diez dólares en efectivo, señor Morgan.

Barry se apoderó del dinero y lo guardó en el bolsillo.

—Me debe noventa dólares, señorita Marlowe.

—¿Es que me va a cobrar hasta los doscientos?

—Una deuda es una deuda, señorita Marlowe.

—¡
No
pienso
volverlo
a
ver!

—¿No se
va a
quedar en
la ciudad?

—¡Eso
no le
interesa
a
usted!

Rose echó marcha atrás. Hicieron sonar un claxon y frenó bruscamente. Faltó poco para que chocase con un coche que había en la parte trasera.

—Señorita Marlowe —sonrió Barry—, será mejor que serene sus nervios o la meterán en la cárcel por demasiadas víctimas en un solo día.

—¡Continúan sin hacerme gracia sus chistecitos, señor Morgan!

La joven hizo arrancar el coche y se alejó, yendo a meterse en el aparcamiento subterráneo del hotel Murray.

Poco después, saltaba de su vehículo. Estaba furiosa, y mientras se dirigía al registro del hotel, murmuró:

—¡Barry Morgan, menudo pirata!

CAPITULO IV

Rose Marlowe estaba comiendo en el restaurante.

—Buenas tardes, señorita —dijo una voz.

Alzó la mirada y vio al rubio de los ojos claros delante de ella.

Y él le estaba sonriendo con simpatía.

Sí, estaba claro que había hecho una conquista. Su instinto no le había traicionado.

—¿Puedo sentarme, señorita Marlowe?

—¿Ya sabe mi nombre?

—Lo pregunté en el registro.

—Pues lo siento. No le sirvió. No acostumbro a comer con desconocidos.

—Eso se arregla fácilmente. Me llamo Leo Francis.

—No lo arregla, señor Francis. Sigue siendo para mí un desconocido. Sin embargo, el rubio cogió una silla y se sentó.

Rose hizo un gesto de asombro.

—Señor Francis, ¿quiere levantarse ahora mismo o será necesario que llame al *maître*?

—¿Quiere escucharme, señorita Marlowe? No es lo que usted cree.

—¿Y qué es lo que yo creo?

—Admito que es usted muy bonita.

—Gracias.

—Y muy atractiva.

—Gracias.

—Pero no me he acercado a usted para enamorarla.

—¿Ah, no?

—Estoy cumpliendo con mi obligación.

—Señor Francis, es usted un tipo sensacional. ¿Es su deber llegar hasta mi mesa y sentarse sin mi permiso?

—Trabajo para la Prensa Consolidada.

—¿Prensa qué?

—Consolidada. Una firma que se dedica a la caza de las noticias para distribuirlas más tarde por todas partes del mundo.

—¿Y qué tengo que ver yo con la Prensa Consolidada, señor Francis?

—Verá, señorita Marlowe. Usted trabaja en la cadena de televisión A. H. R. Escribe guiones.

—Ya veo que se ha tomado muchas molestias por mí, señor Francis.

—Quisiera compartir con usted su secreto.

—No le entiendo, señor Francis.

—Quiero que me cuente lo que le ha dicho su amiga.

Rose se puso en guardia.

—¿Qué supone me ha dicho mi amiga?

—Señorita Marlowe, somos colegas y me informé de las razones que han obligado a su amiga Betty Harris a ingresar en el hospital de Union City.

—¿Y cómo se enteró, señor Francis?

—Cinco dólares aquí, cinco dólares allá. Las enfermeras son fáciles de sobornar.

—¿Y qué le dijeron ellas?

—Simplemente, que la señorita Harris sufría un fuerte *shock*. En los pocos momentos en que pude hablar, cuando recupera el sentido, dice ciertas cosas muy extrañas.

—¿Por ejemplo?

—Habla de mujeres-araña.

—¿Ah, sí?

—Señorita Marlowe, usted ha estado en el hospital. Tropezó conmigo en la playa de estacionamiento cuando venía de visitar a su amiga.

—¿Me estaba espiando?

—La esperaba.

—Entonces pudo evitar el tropiezo.

—Sí, pero como vi que venía usted distraída, puse algo de mi parte.

—¿Y por qué entonces no habló conmigo sobre el tema que le interesa?

—Me dejó usted sorprendido.

—¿En qué sentido?

—Su belleza, señorita Marlowe. Fue un impacto demasiado grande.

—Debe haber recibido muchos premios de su jefe.

—¿Por qué?

—Tengo la impresión de que sabe conseguir un reportaje.

—¿Cree que lo conseguiré ahora?

—No, señor Francis.

Va a ser su primer fracaso. Leo Francis entornó sus ojos.

—¿No me va a ayudar, señorita Marlowe?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no sé nada.

—¿No habló con su amiga?

—Sí, hablé con Betty.

—¿Y qué le dijo ella?

—Lo que usted sabe.

—¿Le habló de las mujeres-araña?

—Sí.

—Imagino que con usted sería más explícita.

—Señor Francis, no pudo ser más explícita porque me confundió con una de las mujeres-araña.

Francis se pasó la lengua por los labios.

—Vaya, creí que con usted reaccionaría.

—¿Por qué lo creyó?

—Ustedes son amigas. Comparten el apartamento en Los Angeles.

—Se dio usted mucha prisa en informarse, señor Francis.

—¿No le he dicho que me llaman Leo *el Dinámico*?

—Le deben llamar otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Leo *el Curioso*.

—Un periodista debe ser curioso, señorita Marlowe, sobre todo cuando se está ganando el sustento.

—Oh, claro, la señora Francis debe estar con los niños pegados a sus faldas en su casa, a la espera de que usted llegue para darles un trozo de pan con mantequilla.

Francis

se

echó

a

reír...

—Tiene usted buen humor, señorita Marlowe. Pero no existe una señora Francis y, por tanto, tampoco existen hijos.

—Un poco más y me hará una proposición matrimonial.

—Oh, no,
señorita Marlowe.

Soy un pájaro.

—

Ya

lo

noté

por

el

pico.

—Quiero decir que soy un pájaro al que le gusta la libertad.

—A todos los pájaros les gusta la libertad, y la mayoría de ellos terminan en una jaula.

—Yo no acabaré así. —Francis volvió a sonreír—. Mis intenciones con usted son buenas. Por nada del mundo le pediría que fuese la señora Francis.

—Ya sé el otro apodo con que lo llaman. Leo *el Sincero*.

—¿Hablamos en serio, señorita

Marlowe?

—

¿No

lo

estamos

haciendo?

—¿Qué piensa de

lo que le dijo Betty

Harris?

—No he

tenido tiempo

para

decidirlo.

Francis se

levantó.

—Me he hospedado en este hotel. Tengo la

habitación contigua a la suya.

—¿Fue casualidad? ¿O me dirá

que el mundo es un pañuelo?

—El mundo es muy pequeño, pero no fue casualidad, señorita

Marlowe. Me hospedé en el hotel después de usted.

—Y pidió la

habitación

contigua a la

mía.

—

Sí.

—

Para

seguir

espiándome.

—

Sí.

—Señor Francis, le da demasiada importancia a las declaraciones de una muchacha en estado de *shock*. Ahora sabrá mi opinión sobre el asunto. Betty se perdió en el desierto mientras se desencadenaba el ciclón «Wanda». De

alguna forma, mi amiga fue a parar a un nido de arañas. El vendaval y los bichitos le produjeron pánico. Y el pánico la llevó al *shock*.

—
No
está
mal.

—Celebro que
haya quedado
satisfecho.

—
¿Cena
conmigo
esta
noche?

—
No,
señor
Francis.

—
¿Algún
compromiso
anterior?

—Usted me está espiando y debe saber si
tengo un compromiso anterior.

—Ahora no lo sé,
pero lo sabré más
tarde.

El rubio hizo un saludo con su
simpatía natural y se marchó.

Rose quedó preocupada.

Fue a la cabina telefónica y
marcó el número del hospital.

—Por
favor, con
el doctor
Lawson.

Tuvo
que
esperar
un
minuto.

—Diga, señorita
Marlowe—oyó al
doctor.

—He manejado algunos diarios, pero en ninguno de ellos leí
una noticia que se refiriese a mi amiga. Quiero decir a lo que
le pasó a ella y al estado en que se encuentra.

—Es natural que no lo haya visto, señorita Marlowe. No
dimos información a la Prensa.

—Sin embargo, he conocido a un periodista que está
enterado del asunto y a la caza de noticias con respecto a
Betty. Me estuvo haciendo preguntas.

—Hay
una
explicación
para
eso.

—

¿Cuál,
doctor
Lawson?

—Dos hombres, Peter Hunter y Pat Leigh, nos trajeron a su
amiga. Dado el estado en que Betty se encontraba, nuestra
obligación era dar parte "a la policía. Y fue lo que hice yo
personalmente. Más tarde llegó el sargento Norman
Bannister, de la Comisaría de Union City. Pero él no pudo
hablar con su amiga Betty. Informé al sargento Bannister y no
le dio importancia al asunto. Quizá ese periodista ha
conseguido su informe por la policía.

Rose se dio por
satisfecha con la
explicación.

—

¿Cómo
está
Betty?

—Continúa lo mismo, señorita Marlowe. Después de marcharse usted, se sumergió en un estado de depresión. Sufrió otro ataque como el que usted vio.

—

¿Qué
fue
esta
vez?

—

De
nuevo
una
enfermera.

—¿Y la
confundió con
una mujer-
araña?

—Sí, señorita Marlowe... Le administré un calmante y ahora duerme. La visité hace unos momentos. Tengo esperanzas de que se encuentre un poco mejor cuando despierte y quizá la reconozca a usted.

—Eso espero, doctor.
Gracias por todo lo que
hace.

Rose colgó y cuando fue a salir de la
cabina tropezó con alguien.

Era un hombre que llevaba en la mano un paquete, y éste
cayó al suelo, produciendo un sonido a cascajo.

El
hombre
era
Barry
Morgan.

—Señorita Marlowe, me acaba de romper un jarrón chino de cincuenta dólares.

CAPITULO V

Rose
Marlowe
estaba
asombrada.

—¿Usted
otra vez,
señor
Morgan?

—Celebro que me recuerde. Soy el mismo
al que le destrozó el coche.

—¡Yo
no le
destrocé
el
coche!

—Salvé mi persona porque
usted no tripulaba un tanque.

—Déjeme en paz
con sus cuentos
chinos.

—Jarrón chino, señorita
Marlowe. Sólo un jarrón
chino.

—¿Por
qué
compra
esas
cosas?

—Porque lo vi y me gustó. Pero le aseguro que si llego a
saber que me iba a encontrar con usted, lo dejo en la tienda.

—¿Y qué
pretende ahora,

señor Morgan?

Barry

levantó la

palma de

la mano.

—

Pague

y

calle.

—¿Me va a

sacar

cincuenta

dólares?

—Debería pagar más porque

el jarrón chino era único.

—Ande, agregue una

indemnización por daños y

perjuicios.

—¿Lo

dejamos

en cien

dólares?

—Señor

Morgan, ¿sabe

lo que es

usted?

—

Una

víctima

suya.

—¡Un

caradura!

¡Eso es lo

que es!

Barry

cruzó los

brazos.

—De modo que me destroza el automóvil y un jarrón chino y soy un caradura. ¿Qué hará la próxima vez, señorita Marlowe? Infórmese de lo que va a hacer durante el resto del día para estar lo más lejos posible de usted.

—

¡Pirata
Morgan!

—

¿Cómo
ha
dicho?

—Dije pirata. Le voy a
pagar los cincuenta
dólares.

—

Muy
amable.

—

Pero
no
ahora.

—

¿Por
qué
no
ahora?

—Me
pegó el
timo del
automóvil.

—¿Se
atreve
a
llamarlo
timo?

—Ni siquiera me
preguntó si estaba

asegurada.

—

¿Y

lo

está?

—Claro que lo estoy. Pero no quise meter a los del seguro en el asunto y preferí pagar en efectivo para evitar problemas con usted. He venido a Union City para cosas más importantes que enfrentarme con... con...

—

¿Con

el

pirata

Morgan?

—

¡Exactamente!

—

Todavía

no sé si

darle

crédito.

—

¿Qué?

—Usted dice que me va a pagar los cincuenta dólares, pero no sé si se va a fugar.

—¡No me voy a fugar porque no estoy en la cárcel!

—¿Cuántos días va a permanecer en Union City?

—

¿Espera
que
se
lo
diga?

—Sólo quiero saber si voy a cobrar los cincuenta dólares.

—Señor Morgan, estaba comiendo y usted me ha indigestado.

—Fue culpa suya por romperme el jarrón chino.

—Fue culpa suya por cruzarse por segunda vez en mi camino. ¡Y tengo que pedirle un favor!

—Pídale. No se quede con las ganas.

—¡Métase en un hoyo mientras yo esté en Union City!

—

Quizá
lo
haga.

—

Gracias.

—¡Cuando me

pague los cincuenta
dólares!

—

De
aquí
me
iré
al
Banco.

—

Entonces,
la
acompañó.

—Ni hablar. No me gustan los salteadores. Y si usted entrase
en mi compañía, podría provocar un pánico en el Banco.

—Muy bien, señorita Marlowe. Soy un pirata, un salteador y
no sé cuántas cosas más, según usted. No quiero herir su aire
de reina. La dejaré ir sola al Banco. ¿Cómo quedamos para
después?

—

Pienso
ir
al
hospital.

—

¿A
qué
hora?

—

A
las
cuatro.

—Muy bien. Estaré
esperándola en la puerta del
hospital.

—¿Teme que
me escape,

señor Morgan?

—A veces los deudores son capaces de cualquier cosa con tal de no pagar. Rose levantó la barbilla y, sin replicar, se marchó a su mesa.

Se
volvió
a
sentar.

Barry
Morgan la
sacaba de
quicio.

—¿Qué va a tomar de
postre? —preguntó el
camarero.

De buena gana hubiese dicho: «Pedacitos de Barry Morgan». Pero no lo dijo. —Un helado de fresa.

Barry Morgan se había sentado en otra mesa, seis más allá. Y sus ojos se encontraron y él le hizo una inclinación con la cabeza. Rose le contestó sacándole la lengua.

El camarero le puso
delante el helado de
fresa.

—
¿Quién
es? —
preguntó
Rose.

—El
helado lo
hace Bruce
Harrison.

—No me refería al que hizo el helado, sino al hombre moreno y alto que está enfrente de mí.

—Ah, se refiere al
simpatiquísimo

jugador.

—No nos referimos a la misma persona. Yo estoy hablando del fulano que se llama Barry Morgan.

—Es la misma persona, señorita Marlowe.

—

Dijo
simpatiquísimo.

—

Y
lo
es,
señorita.

—También ha
dicho que es un
jugador.

—

Sí.

—

¿Y
a
qué
juega?

—

Póquer,
entre
otras
cosas.

—Y, naturalmente, Barry
Morgan le da buenas propinas.

—No me puedo
quejar de sus
propinas.

—Comprendo por qué
le llama
simpatiquísimo.

—No lo digo yo
solo, señorita
Marlowe.

—

¿Y

quién
más
lo
dice?

—

Las
mujeres.

—

¿Qué
mujeres?

—Perdone, señorita Marlowe, pero debe ser más discreta con respecto a ciertas cosas.

—Está bien. Le firmaré la cuenta. —Sí, señorita Marlowe.

Rose firmó la cuenta, agregando un dólar de propina, se preguntó qué grado de simpatía, le proporcionaría ese dólar al camarero Bill Moore. No mucho, al parecer, por la cara que puso.

Desde
el
hotel
se fue
al
Banco.

Le llevó quince minutos conseguir doscientos dólares contra su cuenta corriente de Los Angeles.

Se
dirigió
al
hospital.

Dejó el auto en el estacionamiento como la otra vez, y al bajar oyó una voz.

—Nos
volvemos
a
encontrar.

Era el rubio, Leo Francis, el cual sacó unos billetes. Eran veinte dólares. .

—Quiero ver a su amiga, señorita Marlowe.

—

¿Intenta sobornarme?

—Sólo le pido un favor. Y a cambio de ello, le doy veinte dólares para que se divierta un poquito.

—Sé divertirme sin sus veinte dólares, señor Francis.

—Como quiera.

La esperaré aquí.

Rose lo miró a los ojos claros.

—Señor Francis, ¿cómo se enteró de lo de mi amiga?

—

¿Qué?

—Le estoy preguntando que cómo se enteró de lo que le pasó a Betty. Y no me conteste que un periodista debe estar enterado de todo. Lo que le pasó a mi amiga carece de importancia. Fue víctima de un huracán y sufrió una alucinación.

—¿Fue lo que dijo el doctor Lawson?

—

Sí.

Francis

dio

un

suspiro.

—Entonces, no tendré más remedio que buscar otro tema para mis crónicas.

—No me ha dicho

todavía quién le

informó.

—La policía, señorita Marlowe. Tengo

un amigo en la comisaría.

—

Adiós,

señor

Francis.

—Buena suerte —le contestó el rubio.

Rose entró en el hospital y poco después se encontraba con el doctor Lawson.

—Su amiga ha recuperado el sentido —le anunció el doctor—.

Lo ha hecho como siempre:

gritando, advirtiéndonos contra las mujeres-araña.

Entre para que la vea a usted. Fueron a la habitación de la paciente.

Betty estaba postrada, los ojos cerrados.

Rose sintió miedo mientras se acercaba al lecho. Aquella mañana, unas horas antes, la había confundido con una de las mujeres-araña. ¿Ocurriría ahora lo mismo?

—Betty.

Su amiga abrió los ojos y Rose vio en ellos reflejado el terror. Sí, otra vez iba a decirle que ella, Rose, era una mujer-araña.

—Rose,

¿estás

aquí?...

¿Eres tú,

Rose? Rose

sintió una

gran alegría.

—Betty, por fin. ¿No me confundes con una de esas...?

El rostro de Betty cambió.

—Continúa, Rose, ¿con quién te iba a confundir? Rose miró al doctor Lawson y éste le hizo un gesto afirmativo.

—Con una mujer-araña, Betty.

—¿Lo sabes?

—Es de lo que has estado hablando cada vez que una enfermera se te ha acercado. Y también a mí me llamaste así.

—Las hay... ¡Hay mujeres-araña, Rose!

CAPITULO VI

—No, Betty —dijo Rose

—. No hay mujeres-
araña.

—Te juro que
las vi con mis
propios ojos.

—

¿Qué
fue
lo
que
viste?

—Ya te lo he dicho. Mujeres-araña.

¡Tienes que creerme, Rose! El doctor
carraspeó.

—Perdonen, volveré dentro de unos minutos. Tengo que
visitar a otros pacientes. ¿Puede salir un momento, señorita
Marlowe?

Rose salió
con el doctor
y Betty gritó:

—

¡Rose,
no
te
vayas!

—No me iré,
Betty. Volveré
en seguida.

Rose salió al
corredor y el
doctor dijo:

—Ya lo ve, señorita Marlowe. Insiste en haber visto las mujeres-araña.

—¿Cree usted que continúa en estado de *shock*?

—Me temo que su mente ha sido dañada de algún modo... Procure tranquilizarla. Me he dado cuenta de la influencia que usted ejerce en ella. Y la autorizo a que continúe con su amiga durante un rato. Pero trate de convencerla de que sólo pasó por una situación angustiosa y que ya eso pertenece al pasado.

—Lo intentaré, doctor Lawson.

El doctor se alejó por el corredor y Rose volvió a entrar en la habitación. Betty se había medio incorporado en la cama.

—Rose, ¿qué has hablado con el doctor?

—
Nada de importancia.

—Lo imagino. El piensa que estoy loca, y apuesto a que tú también lo crees.

—
No, Betty.

—No existen esas mujeres-araña... Todo es producto de mi cerebro. Rose quiso darle un aire festivo a su respuesta.

—Todas las mujeres tenemos algo de la araña. Dicen que tejemos nuestra red para cazar al hombre como si fuese una mosca.

Betty

cerró
los
ojos.

—No, Rose. No te he hablado
simbólicamente. ¡Yo te hablo en serio!
Rose la cogió por el brazo.

—Abre
los ojos

y
mírame,
Betty.

Su amiga
hizo lo que
Rose le
pedía.

—Betty, te encontraste en el centro de ese ciclón. Le pusieron
un nombre femenino como siempre. Ciclón «Wanda». ¿Lo
recuerdas?

—
Sí.

—Debiste pasar por
unos momentos muy
difíciles.

—No te lo puedes imaginar. El coche iba de
un lado a otro de la carretera.

—
¿Y
qué
hiciste?

—Apenas podía ver a diez metros. El viento arrastraba mucha
arena. Vi un camino y pensé que conduciría a alguna casa. Y
no me equivoqué.

—

Continúa,
¿qué
pasó?

—

Allí
estaban.

—

¿Quiénes?

—

Las
mujeres-
araña.

—

¿Otra
vez?

—¡Te digo que allí estaban! Es una casa de dos pisos, donde vive un hombre solo. Se llama Ed Mitchell, de unos treinta y cinco años... Me dio hospitalidad. El fue por mi maleta. Me quedé a solas. Oí ruido arriba. Pensé que era algún animal... Vi la primera araña cuando traté de llamar por teléfono.

—

¿Una
mujer-
araña?

—¡No! ¡Sólo fue una araña! Me dio la impresión de que me iba a atacar. Era grande, peluda. Me retiré del teléfono, y la araña desapareció por un hueco del techo. Mitchell regresó, me acompañó a una habitación de arriba y me prohibió que entrase en la de enfrente. No supe por qué lo hizo, pero luego comprendí la razón. Están allí.

—

¿Las
mujeres...
araña?

—Hay arañas también. Simplemente arañas. Como la que vi

en el teléfono, y otra que se metió en mi maleta. Tienes que creerme, Rose. Yo me despedí de Mitchell. No me quería dormir, pero me venció el sueño. Y de pronto desperté oyendo voces de mujeres. Ellas reían y hablaban. Salí del cuarto. Oí sus palabras. Una de ellas preguntaba que cuándo iban a salir y la otra le contestó que cuando se lo dijiesen, Y entonces me venció la curiosidad. Pensé que podría hablar con alguien que me hiciese compañía. Y abrí la habitación de enfrente. ¡Y entonces las vi!

Betty
lanzó
un
alarido.

—

Betty,
serénate.

—¡Las vi, Rose, las vi! ¡Las mujeres estaban al fondo de las telarañas! Tienen el cuerpo cubierto por una especie de esmalte negro... ¡Y también había arañas! Y todas ellas se lanzaron sobre mí... Y yo corrí y corrí. Bajé la escalera y Mitchell tropezó conmigo. Quería detenerme. Las arañas ya estaban bajando por la escalera y Mitchell me tenía bien sujeta, reconviniéndome por haber entrado en la habitación prohibida. Yo tenía un candelabro en la mano y le quemé la cara. Quedé libre de esa forma y pude escapar. Corrí otra vez hasta llegar a la carretera, y allí me encontraron los del automóvil...

Betty terminó de hablar y quedóse
respirando entrecortadamente.

—

¡No
me
crees,
Rose!

Se tapó la cara con las
manos y sollozó
histéricamente.

—Betty —dijo Rose, con
dulzura—, ¿dónde está esa
casa?

—
¡Tú
no
me
crees!

—Te estoy preguntando dónde está esa casa. —No lo sé. A
un lado de la carretera. Me han dicho que esto es Union City.

—Sí.

—Estamos a unas trescientas millas de Lincolnville. La casa
de Mitchell debe estar a unas cien millas de aquí hacia Los
Angeles... ¿Por qué lo preguntas, Rose?

—
Iré
a
esa
casa.

—Oh, no, no puedes ir sola.
Tendrías que ir con la policía.

—De
acuerdo.
Iré con
la
policía.

—Lo dices para conformarme. No, tú no irás con la policía ni irás sola... Nadie me ha creído. ¡Pero ellas existen! ¡Las mujeres-araña están allí!

Betty se dejó caer
en la cama dando
gritos. El doctor
Lawson entró en
la habitación.

—¿Qué
pasa,
señorita
Marlowe?

—
Me
contó
su
historia.

—
¿La
de
siempre?

—
Sí.
Betty gritaba en pleno ataque de
histerismo. Una enfermera entró.

—Señorita Perkins —dijo el doctor—. Inyecte a la
paciente un calmante. Betty gritó:

—¡No quiero un calmante!... ¡Rose, sácame de aquí! ¡Por lo
que más quieras, sácame de aquí!

El médico tenía
el corazón en
un puño.

—Salga, señorita Marlowe —ordenó el doctor—. Su presencia
sólo ha hecho que reactivar la alucinación de Betty.

Rose se dirigió a la puerta
mientras Betty seguía gritando:

—

¡Yo
las
vi!...
¡Yo
las
vi!
Rose
salió
de
la
habitación.

—

Hola

—

dijo
una
voz.
Era
de
nuevo
Leo
Francis.

—Es usted muy
insistente, señor-
Francis.

—

He
oído
algo.

—

¿Qué
oyó?

—Los gritos de su amiga. Y algunas cosas con
respecto a esas mujeres-araña.

—Pero también habrá oído al doctor Lawson. Según él, mi
presencia ha reactivado la alucinación de Betty.

—Sí, y pienso que tiene razón. El rubio dio un suspiro.

—Definitivamente, perdí mi tiempo. La información de su amiga no merece la pena que yo continúe en Union City. Tendré que marcharme en busca de otra noticia. Hasta la vista, señorita Marlowe. Tuve mucho gusto.

—

Lo mismo digo.

El rubio se marchó hacia el ascensor y, antes de entrar en él, se despidió de Rose, haciéndole un saludo con la mano.

Rose encendió un cigarrillo y paseó de un lado a otro.

Cada vez estaba más inquieta por el estado en que se encontraba Betty. ¿Mujeres-araña? Oh, ella no podía creer que existiesen esos extraños seres. Algunos pintores habían dibujado así a las mujeres. La imaginación artística era libre de considerar a las mujeres como sanguijuelas, como arañas, o como las serpientes. Tales artistas habían sido siempre unos resentidos. De un modo u otro, las mujeres les habían hecho daño en algún momento de su vida, y ellos se vengaron pintándolas de una forma horrible.

Pero ahora se trataba de la realidad.

El doctor Lawson salió de la habitación.

—Betty se dormirá en seguida. La enfermera la ha inyectado el calmante.

—¿Puede establecer un diagnóstico?

—Me preocupa mucho el estado de su amiga, pero insisto en que todavía es pronto para tomar una decisión.

Rose se despidió del doctor y poco después se introducía en su auto. Quedóse pensativa, las manos en el volante.

Había una forma de convencer a Betty. Viajar a la casa en donde, supuestamente, Betty había visto las mujeres-araña. Si encontraba al hombre llamado Mitchell, él le daría explicaciones. Sí, le podría explicar por qué Betty se encontraba en aquella situación. No había visto mujeres-araña, pero algo tenía que haber ocurrido en aquella casa. Y sólo podría descubrirlo de una forma: yendo a ella.

CAPITULO VII

—Señorita Marlowe, ¿es que se va a escapar? Rose ya había puesto en marcha el motor de su automóvil. Era Barry Morgan.

—No, señor Morgan, no voy a huir. —Cuánto me alegro.

—¿Ha venido por los cincuenta dólares de su jarrón?

—

¿Podría
venir
por
otra
cosa?

—Creí que quizá estaba interesado en mí, personalmente.

—¿En usted? Pues no, señorita Marlowe. No puedo interesarme en una creidilla.

—

¿En
quién?

—En una chica que se cree bonita,
con una figura sensacional.

—¿Cómo ha llegado a la conclusión
de que yo me creo todo eso?

—Hemos hablado mucho, señorita Marlowe. Ya es una vieja amiga para mí.

—¡No me llame vieja! Sólo tengo veintitrés años. Aunque poseo la experiencia de una mujer de cincuenta y conozco a los tipos de su clase.

—

No

me
diga.

—Usted es
un jugador
profesional.

—Eso no lo acertó por su cuenta —sonrió Barry Morgan—. Le preguntó a Bill Moore, el camarero.

—Debí suponer que se lo diría a usted. Lo tiene sobornado con sus propinas. Por eso él lo considera simpatiquísimo.

—No, señorita Marlowe. Le resulto simpático a Bill porque sé comportarme bien con él.

—¿Le lleva Bill Moore
los primos al
matadero?

—
¿Cómo
dice?

—¿Bill le proporciona los palomos que usted tiene que desplumar?

—Caramba, señorita Marlowe, no tiene pelos en la lengua.

—Al
pan
pan y
al vino
vino.
Barry
respiró
profundamente.

—Señorita Marlowe, le dije antes que era una creidilla, y ahora tengo más motivos para opinar así de usted. No sólo se cree mona, sino que tiene una inteligencia superior al resto de las mujeres y, con toda seguridad, a la de la mayoría de los hombres.

—
Es
posible.

—Piensa que
soy un jugador
tramposo.

—

¿Y
no
lo
es?

—No, señorita Marlowe. Admito que me gano la vida jugando,
pero soy un tipo limpio.

—

Sí,
se
nota
que
se
baña.

—Pensé que hacía mejores chistes, dada su inteligencia
superior a la de todas las mujeres.

—Y probablemente a la de la mayoría de los hombres. Y eso
le incluye a usted de un modo definitivo, pirata Morgan.

Barry se apoyó en la
ventanilla de la
portezuela.

—

Repítalo.

—

¿Qué?

—Pirata Morgan. Suena
tan musical en sus
labios.

—

¡No
lo
voy
a

repetir!

—Le costaría muy poco esfuerzo, creidilla. Son dos palabras.
Sólo dos palabras y me hará feliz.

Rose hizo un gesto furioso. Sacó del bolso un puñado de
billetes y, después de contarlos,
los alargó a Barry,
poniéndoselos casi en
la cara.

—¡Aquí tiene los cincuenta
dólares del jarrón japonés!

—

Chino.

—¡Chino o japonés, o
manchú! ¡Me da lo
mismo!

—

Agregue
algo.

—Dijo usted que
no había
indemnización.

—Y no la hay. Pero me sigue debiendo los noventa dólares
por los desperfectos que me produjo en el coche.

—¿Es que me va a dejar
otra vez sin un centavo?

—Yo no
tengo la
culpa.
Es la
vida.

—¿La vida que usted se va a pegar con el

dinero que me está sacando?

—¿Piensa
que vivo
de las
mujeres?

—Empiezo a tener mis dudas. —Ella entornó los ojos—. ¿Quién me dice que no frenó su coche para provocar el accidente? Le habría bastado mirar por el retrovisor. ¿Quién me dice que no esperó a que yo saliese de la cabina telefónica para provocar el segundo tropiezo? A propósito, yo no vi que en el paquete hubiese un jarrón.

—Es
que
estaba
empapelado.

—¡Pudo ser un
vaso de cincuenta
centavos!

—Es posible que lo
fuese, desde su punto
de vista.

—¡De acuerdo, pirata
Morgan! ¡Hemos
terminado!

—Eso nunca lo sabremos. Quizá me anime a comprar una guitarra y si tengo la desgracia de encontrarme con usted...

—Si compra una guitarra y me encuentro con usted en la calle, se la meto por la cabeza. ¡Y esa vez se la pagaré con mucho gusto, señor Morgan!

Rose hizo retroceder el coche con violencia y Barry tuvo que saltar para no ser atropellado.

—¡Señorita Marlowe, me iba a producir desperfectos a mí!

—Habría tenido suerte, pirata Morgan. Tiene el hospital al lado —contestó la joven, y apretó el acelerador.

Poco después salía de la ciudad, camino de Los Angeles.

Pero no iba a Los Angeles. No, ella sólo iba a recorrer cien millas, en busca de un camino que condujese a la casa donde Betty se había refugiado cuando fue sorprendida por el ciclón «Wanda».

Fue
pasando
el
tiempo.

De vez en cuando, Rose
observaba el
cuentakilómetros.

Había recorrido setenta millas desde que se
inició su viaje desde Union City.

La carretera estaba prácticamente solitaria. Sólo cada diez o
quince minutos se encontraba con un coche, y detrás de ella
no iba nadie.

Empezó a
sentirse
demasiado
sola.

El cielo tenía un color azul turquesa, y el sol
estaba cayendo hacia el Pacífico. Había
emprendido el viaje demasiado tarde. Se le haría
de noche al regresar.

Ya había recorrido las cien millas sin encontrar el camino a la izquierda.

Hizo las últimas diez millas a cincuenta por hora para no pasar de largo el camino al que se había referido Betty.

Detuvo el coche y saltó de él, mirando a su alrededor.

Ahora no pasaba ningún automóvil. A un lado y a otro estaba el desierto. No, no veía ninguna casa.

Ya no podía tener ninguna duda con respecto a Betty. El doctor Lawson parecía un buen profesional. Betty sufría una alucinación. Simplemente eso. Una alucinación a consecuencia de haberse encontrado con el huracán.

De pronto observó algo anormal en el paisaje.

Al principio no supo qué era.

Oh, sí, eran aquellos matorrales demasiado secos cuando otros tenían un color verdoso.

¿Por qué se habían secado? ¿Por efecto del ciclón?

Sólo estaban a un cuarto de milla. Montó en el coche, fue hacia allí y volvió a descender. Vio los matorrales secos.

Apartó dos de ellos con el pie y se quedó asombrada viendo un trecho de camino. Siguió apartando los matorrales y el camino fue apareciendo ante ella.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué habían cubierto el camino con aquellas bolas espinosas y reseca?

Se volvió a sentar al volante y maniobró, metiendo el coche por el camino. Se apartó para eludir los arbustos secos.

Tras recorrer unas cincuenta yardas y bajar por una pequeña ladera, encontró que el camino ya no estaba cubierto por las plantas espinosas.

Continuó avanzando mientras sentía que se aceleraba su corazón. El camino desaparecía por una curva.

Hizo girar el volante. Y al salir de aquella curva vio la casa.

Sí, allí estaba. Betty no se la había descrito, pero supo que era la misma en que su amiga se había refugiado del huracán.

No

había

ningún

auto.

Ningún

ser

humano.

Fue acercándose lentamente, con suavidad, como si temiese hacer un excesivo ruido, y frenó cerca de la puerta.

Permaneció ante el volante inmóvil, mirando las ventanas de la parte superior. Vio dos. Y

una de ellas debía corresponder a la habitación en que había estado Betty.

¿Correspondería la otra a la habitación donde Betty había visto...? ¿Por qué no decirlo?

¿Las

arañas?

¿O las

mujeres-

araña?

«Cuidado, Rose. Tu amiga Betty sufrió un *shock*. Eso está claro. Te lo dijo el doctor Lawson y tú misma lo pudiste comprobar. El doctor lo llamó alucinación. ¿Por qué no das media vuelta y te largas? Es lo que debes hacer.»

Rose empezó a dar la vuelta para marcharse y otra vez oyó su voz interior:

«Tienes miedo, ¿eh, Rose? Se te ha metido el miedo en el cuerpo. Lo sientes hasta en los talones. ¿Por qué te pusiste en camino? Venías en busca de una casa que tú creías no existía. Pero aquí la tienes. La casa existe, Rose Marlowe. Frenó el vehículo cuando ya tenía la proa en dirección a la carretera general.

Apagó el motor, pero siguió sentada, sin decidirse a descender.

Y de pronto se abrió la puerta de la casa. Rose sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Vio a un hombre de unos treinta y cinco años, de ojos muy claros.

—¿Busca algo, señorita? —dijo aquel hombre.

CAPITULO VIII

—No, señor —contestó Rose—. Está próxima la puesta del sol y pensé que valdría la pena contemplarla desde el desierto y sacar unas fotografías.

—Oh, sí, es muy hermosa la puesta del sol en el desierto.

Rose trató de serenarse.

«Bien, chica, ahí lo tienes. Es el hombre del que Betty te habló, y ahora debes demostrar que tienes más inteligencia que todas las mujeres y que algunos hombres, entre ellos el pirata Morgan.»

Saltó
del
coche
sonriente.

—

Soy
Rose
Marlowe.
El hombre la estaba
observando
atentamente.

—

Ed
Mitchell.

—Tanto gusto, señor Mitchell —dijo ella, tratando de no reflejar su emoción.

—Todavía tardará un poco en ponerse el sol. Puede entrar en la casa si quiere.

De buena gana Rose hubiese entrado otra vez en el coche para salir de estampida.

«Vamos, Rose, ¿por qué te acobardas? Ese hombre se está mostrando muy amable, como un buen samaritano. Sólo te

está ofreciendo la oportunidad de que entres en su casa para descansar hasta que llegue el momento de sacar tus supuestas fotografías de la puesta de sol.»

Ed

Mitchell

agregó:

—

Le

puedo

ofrecer

té.

—

Gracias.

—

¿O

prefiere

café?

—Sí, señor

Mitchell. Me gusta

más el café.

—

Lo

acabo

de

hacer.

Rose echó

a andar

hacia el

porche.

«Bien, muchacha, ya te has decidido. Vas a entrar en la casa donde estuvo Betty. Donde vio las arañas. ¿O fueron las mujeres-araña? Quizá muy pronto salgas de dudas.»

Tal pensamiento

le produjo un

escalofrío.

Mitchell le sonrió.

Rose entró en la casa y se detuvo, observando la

escalera que conducía al piso alto.

¡Aquella era la escalera por la que, según Betty, habían bajado las arañas en su busca!

—Pase al

living,

señorita

Marlowe.

Entró en el *living* y vio unos muebles viejos. Pero allí no había ninguna telaraña. Mitchell habló por detrás de ella:

—He tenido mucho trabajo desde que sufrimos un huracán y entró mucha tierra. Me he

pasado todo el tiempo limpiando. Por eso lo ve tan aseado.

Pero tenía que haberlo visto esta mañana.

«Anda, Rose, pregúntale también si limpió las telarañas.»

—Voy por el café —dijo Mitchell—. Siéntese, señorita Marlowe. En seguida vuelvo. Mitchell desapareció.

Al quedar a solas. Rose miró el teléfono. Estaba justo donde Betty había dicho. Y Betty había estado junto al teléfono cuando vio una araña que parecía ir a atacarla, pero Betty saltó a tiempo y la araña desapareció por un hueco del techo.

Miró el techo,
pero no vio
ningún hueco.

Se sintió decepcionada. Aquel hueco tenía que existir para que la historia de Betty resultase verosímil.

Rose se acercó a la ventana y
miró donde estaba su auto.

Seguía sin ver a nadie por allí.

¿Qué hacía Mitchell en aquel desierto? ¿De qué vivía?

¿A qué negocio se dedicaba? Oyó pasos.

Mitchell apareció con una bandeja en donde
llevaba el servicio de café.

—Espero que el café le guste, señorita
Marlowe. Lo hago muy cargado.

—Acertó,
porque es
como lo
prefiero. Se
sentaron
ante una
mesita.

—¿Dos
terrones,
señorita
Marlowe?

—
Uno.
Me
gusta
amargo.
Rose
bebió
un
trago:

—Caramba, es un buen café, señor Mitchell.

—

Gracias.

—¿Qué hace aquí, señor Mitchell? Había hecho su pregunta como un disparo a que- marropa.

—Vivo retirado, solitario. Perdí a mi mujer... —Lo siento.

—Fue hace tres años. Ella se llamaba Marión. Era una mujer maravillosa. Vivimos en San Francisco durante diez años. Yo fabricaba juguetes... Fue siempre mi pasión. Juguetes para que los niños se divirtiesen. Y mi mujer me ayudaba. Eramos almas gemelas. Perdón, la frase parece un poco cursi.

—Oh, no, de ninguna forma me parece cursi, señor Mitchell.

—Cuando perdí a Marión, creí que el mundo se había acabado para mí. Ya no podía vivir en aquella casa que me recordaba pulgada a pulgada a Marión. Soporté la soledad durante unas semanas, pero al fin no pude más. Tenía algunos ahorros y por el precio que vendí la casa decidí buscar otro hogar, lejos de todos. Me dijeron que esta casa estaba en venta. Vine a verla y la encontré ideal. Hay agua, tiene teléfono, de vez en cuando voy a la ciudad a comprar provisiones, pero estoy allí el tiempo indispensable...

—Comprendo que pasó por una experiencia muy amarga, señor Mitchell, pero me temo que no hizo lo mejor.

—

¿No?

—Siempre he pensado que el ser humano debe sobreponerse a sus desgracias. Por eso somos superiores a los animales.

«Cuidado, Rose, has estado a punto de equivocarte. Ibas a

decir superiores a las arañas.»

—Bueno —dijo Mitchell—, quizá algún día esté en condiciones de regresar a la civilización. ¿Qué hace usted, señorita Marlowe?

—Trabajo en una cadena comercial de televisión.

—

¿En
calidad
de
qué?

—

Como
guionista.

—Tenía televisión en San Francisco, cuando vivía Marión, pero después que ella murió, no la conecté más. La vendí con la casa.

—Pudo haberla traído aquí. Le habría entretenido.

—¡No quiero que nadie me entretenga, señorita Marlowe! —exclamó Mitchell, con energía.

Rose se quedó

un tanto perpleja.

Los ojos claros de Mitchell se habían encolerizado.

—
Perdone,
señorita
Marlowe.

—Soy yo la que le tiene que pedir disculpas, señor Mitchell. No debí inducirle a cambiar de vida. Usted la eligió.

Rose oyó un ruido bajo los tableros que estaban a sus pies, como si algo se arrastrase. Pudo contener el grito. Mitchell se puso en pie.

—Perdone, señorita Marlowe, tengo al perro en el sótano. —Estaba señalando con la mano el lugar de donde había venido el ruido.

—Mi perro se llama «Dick». Se perdió durante el huracán y cuando lo recuperé estaba a punto de morir. Debo ir para ver cómo sigue.

—
No
se
preocupe.

—
Volveré

en
unos
minutos.

Mitchell salió del *living* y Rose oyó poco después que se cerraba la puerta exterior de la casa.

Se levantó rápidamente y fue hasta el hueco del *living*.

No
vio
a
nadie.

«Esta es tu oportunidad, Rose. Sube esa escalera. ¿Qué estás esperando? Mitchell no volverá en unos minutos. Tienes tiempo suficiente para hacer la comprobación.»

Ya
no
esperó
más.

Se quitó los zapatos para no hacer ruido, los apretó contra el pecho y subió la escalera.

Se encontró ante un corredor con una puerta a cada lado. Abrió la derecha y vio una cama, una mesilla de noche, un armario y una silla.

Pero
no vio
una
sola
telaraña.

Cerró la puerta y se acercó a la de enfrente. Alargó la mano, pero se detuvo.

«¿Qué estás esperando, Rose? Ya sólo tienes que hacer una comprobación. Una sola y
habrán
acabado

tus
dudas.»

Abrió. El mobiliario era el mismo: una cama, una mesilla de noche, un armario y una silla.

Y tampoco descubrió restos de telaraña. Todo estaba limpio, y eso corroboraba las palabras de Mitchell, que había pasado el día quitando el polvo arrojado al interior de la casa por el huracán.

Cerró la
puerta y
bajó la
escalera.

Por fortuna,
Mitchell no
había vuelto.

Se puso los zapatos, entró en
el *living* y se volvió a sentar.

«Bien, muchacha, ya no tienes nada que hacer aquí. Hiciste de detective, pero no sirvió tu investigación. Mitchell es un pobre hombre, un desconsolado viudo. Hay hombres así. Quieren a una mujer y cuando la pierden se encuentran acabados.»

—
Hola,
señorita
Marlowe.

Rose se volvió lanzando un grito.

No, no era Mitchell quien estaba allí. Era el rubio de los ojos claros, Leo Francis.

CAPITULO IX

—Señor Francis —exclamó Rose, y corrió hacia él

—. Menos mal que ha venido.

—Me
costó
bastante
encontrarla.

—

¿Me
siguió?

—Claro que la seguí. Pero tuve que dejar entre nosotros mucha distancia para que usted no se diese cuenta. ¿A dónde ha venido a parar, Rose? ¿Qué hay en esta casa?

—Es donde Betty se refugió del ciclón «Wanda».

Aquí vio a las mujeres-araña.

—

¿Las
ha
visto
usted?

—

No.

—¿Dónde dijo Betty que estaban? —Arriba, subiendo la escalera, en una habitación.

—Vamos, quiero verlas yo también. —Espere, señor Francis.

Ya no están donde las vio

Betty.

Francis

dio

un

suspiro.

—Rose, ¿ha visto a
algún ser humano en la

casa?

—Claro que lo he visto. Hay un hombre. Se llama Mitchell. Por cierto, tiene los ojos claros, tan claros como los de usted.

Rose hizo un gesto
de asombro y
retrocedió.

—

¡Señor
Francis!

El
le
sonrió.

—¿Qué le
pasa,
señorita
Marlowe?

—

¿Quién
es
usted
realmente?

—Un
periodista.
Ya se
lo dije.

—

Quisiera
creerle.

—Pues
haga un
esfuerzo y
créame.

Rose seguía mirando los ojos claros de Francis, y recordó los de Mitchell. Sí, parecían iguales. Tan claros que, en un momento determinado, daba la impresión de que estaban ciegos.

—Oh, no —retrocedió

Rose, soltando un
gemido.

—¿Qué le
pasa,
señorita
Marlowe?

—
Usted
es
como
él.

—
¿Como
quién?

—Como Mitchell.
Ahora empiezo a
comprender.

—
¿Qué
es lo
que
comprende?

—Usted tuvo mucho interés en saber si alguien creía a mi amiga Betty Harris... Por eso estaba allí. Todo marcharía bien para usted si la policía y los doctores decidían que Betty hablaba incoherentemente. A ustedes no les convenía que nadie admitiese que Betty había visto a las mujeres-araña. Usted es uno de ellos.

—Señorita Marlowe, es la primera vez que piso esta casa. No conozco a nadie que se llame Mitchell. Iba a abandonar el asunto, pero tuve la corazonada de seguirla a usted, como último intento por mi parte por conseguir algo que valiese la pena... Serénese.

¿Dónde
está
ese
Mitchell?

—

Fue
al
sótano.

—

¿Al
sótano?

—Sí, dijo que su perro fue herido por el huracán. Durante su ausencia observé la habitación donde Betty vio a las mujeres-araña.

—Echaremos
un vistazo a
ese sótano.

Rose no estaba muy segura de que Francis
estuviese diciendo la verdad.

«¿Qué te pasa, Rose? Hace un momento decías que Mitchell era un pobre hombre. Pero has cambiado de opinión al ver aquí a Leo Francis. Cuidado, muchacha. Si "ellos" están de acuerdo, lo vas a pasar mal.»

Pero
hizo
un
gesto
afirmativo.

—

Vamos,
señor
Francis.
Los
dos
salieron
del
living.

—¿Hacia
dónde? —
preguntó
Leo.

—El señor
Mitchell
salió de la
casa. Ellos

también lo
hicieron.

Leo cogió a Rose de la mano y
la llevó hacia la izquierda.

Rose vio una trampilla junto a la pared. Tenía un candado
puesto, pero estaba despasado. Rose miró perpleja a Leo.

—¿Por qué hemos
venido directamente
aquí?

—
Es
el
sótano.

—
¿Cómo
lo
supo
usted?

—Señorita Marlowe, antes de entrar en la casa, observé los
alrededores y descubrí este sótano. Pero entonces el
candado estaba echado... ¿Satisfecha?

Rose
no
respondió.

Francis
levantó
la
trampilla.

Ante
sí
vieron
una
escalera.

—¿Pasa usted
primero, señorita
Marlowe?

—Lo

haré
después
que
usted.

—Dicen que un hombre educado debe
ceder la prioridad a una mujer.

—Le autorizo a que en estos momentos sea el
hombre peor educado del mundo.

—

Como
quiera,
valiente.

Leo Francis
descendió por
la escalerilla.

Y cuando Rose lo perdió de
vista, ella se decidió a bajar.

—

¿Dónde
está,
señor
Francis?
No le
contestó.

—

¡Señor
Francis!
De pronto se
hizo la luz en
el sótano.

Rose vio algo que la horrorizó. Varias arañas estaban
transportando el cuerpo de Francis a través de una serie de
hilos, por una de las redes que hacían aquellos bichos.

—

¡Francis!
Francis tenía la cabeza doblada. Indudablemente, al entrar,
una de las arañas lo había mordido y, con toda seguridad, le

inoculó una sustancia parecida a una droga adormecedora.

Ahora

pareció

volver

en

sí.

—

¡Señorita

Marlowe!

Las arañas seguían
su camino arrastrando
a Leo.

—

¡Francis!

—

¡Ayúdeme!

Leo vio a las arañas cerca de su cara
y lanzó un alarido de terror.

Rose avanzó hacia las telarañas, pegó un manotazo en los
hilos, pero no logró romperlos porque tenían la resistencia del
plástico.

Se iluminó otra parte del sótano, hacia la derecha, y Rose
quedó asombrada viendo a una mujer como ella, que parecía
desnuda a no ser por la capa de esmalte negro que la cubría.

—Bienvenida a
nuestro hogar,
señorita.

—

¿Quién
es
usted?

—Ya me han puesto un
nombre. Soy Berta. Francis
gritó:

—¡Rose, no puedo
luchar contra ellas!

¡Ayúdeme! Rose pegó
otra vez un manotazo a
la red.

Berta abrió la boca y por ella emitió una serie de silbidos
mientras sus ojos se enfurecían. Rose se horrorizó al ver
aquel rostro femenino, que poco antes era bello y que ahora
parecía poseído de toda la furia del mundo.

—¡No haga eso!

¡No lo haga! —
gritó Berta. Rose

creyó estar
viviendo una
pesadilla.

«No, muchacha, no es un sueño. Tu amiga Betty te contó su historia y ha resultado verdadera. Ella también vio las arañas. Las negras arañas que se están llevando ahora a Leo Francis y que trataron de apoderarse de Betty. Y también vio a varias mujeres con su cuerpo de esmalte negro, como esa Berta. Y tú estás metida en la trampa.»

—¡Señorita Marlowe! —oyó gritar a Leo Francis—.

¡Por favor, señorita Marlowe! Le seguían arrastrando al fondo de la red.

Se iluminó aquel punto, el final. Y allí vio Rose algo que la horrorizó más.

Una araña enorme. Pero no. En realidad era una combinación de araña y de mujer. Tenía el cuerpo de una mujer como Berta, pero de su abdomen le salían seis patas. Tres a la izquierda y tres a la derecha.

Y Rose comprendió que aquellas arañas estaban sufriendo una transformación. Que eran arañas y que, a lo largo de un proceso, se iban convirtiendo en mujeres como Berta, que se parecía en todo a las humanas, y para ello les bastaría cubrirse el negro del torso y de sus senos con unas ropas femeninas.

Y aquel extraño ser, mitad mujer y mitad araña, abrió sus fauces porque las arañas que estaban transportando a Francis estaban muy cerca de su víctima.

—¡El fuego, Rose! ¡El fuego! —gritó Francis.

Rose se acordó de su bolso. Tenía el

mechero. Lo sacó rápidamente y fue a encenderlo.

Instantáneamente provocó un alarido

general y unos ruidos extraños.

El alarido había partido de la garganta de Berta y los demás ruidos de las arañas, incluida la del fondo, la que era todavía mitad mujer y mitad insecto.

Rose acercó el mechero hacia los hilos de la pared y de pronto alguien le pegó un manotazo, y el encendedor se cayó en el suelo, y luego una bota apagó la llama.

Era Mitchell, quien había impedido que ella prendiese fuego a las telarañas, y la estaba sujetando férreamente con su mano.

¡Señor
Mitchell!

—

¿Qué
iba a
hacer,
maldita?

Vio los ojos de Ed Mitchell, y eran tan claros como los de Francis, pero había una diferencia: aquellos ojos ahora tenían pequeñas rayas rojas, quizá porque la ira se había apoderado de Mitchell cuando vio que Rose iba a pegar fuego a las telarañas.

—

Señor
Mitchell,
ayúdelo.

—

¿A
quién?

—A
ese
hombre,
a mi
amigo.

—Tiene que pagarlo por haber venido a esta casa a molestarnos. Y usted también lo va a pagar, señorita Marlowe.

Alguien soltó
una
carcajada.
Era Berta.

—

Mitchell,
déjamela
un
rato.

—

¿Para

qué?

—

Para
que
me
enseñe
cosas.

—Ya sabes todo lo que debe saber
una mujer de este planeta.

Rose se estremeció al oír aquello. Pertenecían a otro planeta;
pero después de todo, eso era lógico. Nunca había visto en la
Tierra seres como aquéllos, mujeres-araña.

—¡Señor Mitchell,
por favor no permita
eso!

—¿Qué es
lo que no
debo
permitir?

—Que se lleven a Leo
Francis al fondo de esa
telaraña.

—

Tengo
que
permitirlo.

—

¿Qué
van
a
hacer
con
él?

—

Mírelo
usted
misma.

—

¡No
quiero
mirar!

—

Y
yo
quiero
que
lo
vea...

Mitchell cogió la cabeza de Rose por el cabello
y la hizo girar bruscamente.

Las negras arañas seguían arrastrando a Leo hacia aquel
monstruo que estaba en el fondo y cuyas fauces se abrían y
se cerraban.

Francis seguía
gritando, lleno
de pánico:

—

¡No,
por
favor,
no!
Berta
lanzó
una
carcajada.

—Señor Mitchell, ¿cómo se va a llamar ella? —estaba
señalando al monstruo mitad mujer y mitad araña.

—

Se
llamará
Iris.

—¿Y
será tan
hermosa

como
yo?

—

Mucho
más
hermosa.

—¿Por qué ha de ser más
hermosa que yo? —gritó Berta.

—Necesitamos ejemplares de la especie como esta
señorita. Los más hermosos ejemplares. Tendrán toda la
seducción que los hombres hayan podido soñar en una
mujer.

—¿Qué pretenden, señor
Mitchell? —preguntó Rose.

—Señorita Marlowe, nuestro planeta se llama Arácnida, y allí
se ha iniciado una era glacial. Después de unos años, no nos
será posible vivir en él. La Tierra tiene el calor que
necesitamos para vivir. Hemos hecho ensayos y han
resultado óptimos. Y ahora basta de

palabrería. Cuando la araña reina haya devorado a Francis, le habrá llegado el turno a usted, señorita Marlowe.

CAPITULO

X

Rose Marlowe no quería dar crédito a lo que Mitchell le acababa de decir. Francis iba a ser devorado y, a ella también la devorarían. Y el monstruo que estaba al fondo era la araña reina, y comprendió por qué Mitchell había dicho que ella sería la mujer que reuniría toda la seducción que los hombres habían soñado.

Francis estaba llegando
a las fauces del
monstruo.

Rose bajó la cabeza y cerró los ojos mientras de su garganta se escapaba un grito de horror.

Mitchell le
levantó de
nuevo la
cabeza.

—¡Mire a su amigo,
señorita Marlowe!
¡Mírelo!

—¡No, no quiero! —dijo Rose, y aunque levantó la cara, siguió con los ojos cerrados.

Un alarido de Francis le indicó el momento trágico para él porque, de repente, aquel alarido se interrumpió y sólo oyó el chasquido de las fauces.

A Rose le fiaequearon las piernas, derrumbándose, y entonces, Mitchell la dejó libre.

—No hacía falta que
hiciesen esto, señor
Mitchell.

—

Es
necesario.

—¡No, no lo es! Ustedes
podrían vivir en nuestro

planeta.

—No diga tonterías, señorita Marlowe. No hay lugar para nosotros en su planeta mientras no lo dominemos.

Rose

miró

a

Mitchell.

—¿Cómo ha

llegado a tener

esa figura?

—Soy como ellas. Pero he sufrido una transformación distinta.

Tenemos capacidad para transformarnos. Pero ustedes tienen que ayudarnos un poco.

—

¿

Nosotros?

—Sí, con su cuerpo y con su sangre. Y ya basta, señorita Marlowe. Es su turno.

—

¿Mi

qué?

—

Levántese.

Ya vienen

a por

usted.

Rose miró la red y vio que en los hilos, al fondo, la reina había devorado a Francis, y que las negras arañas regresaban, acercándose cada vez más a ella.

Rose

siguió en

el suelo

e

imploró:

—¡No, señor Mitchell! ¡No quiero terminar así! Haré lo que ustedes me manden.

—No tenemos

ninguna necesidad
de usted.

—

¡Me
necesitan!

—

¿Para
qué?

—Para que yo hable con las personas que rigen este planeta
y les hagan posible su vida aquí. Así no habrá exterminio por
ninguna parte.

—Sólo dice tonterías, señorita Marlowe. Esta es una guerra
entre dos planetas, y los
habitantes de uno de ellos tienen que perder. Y le aseguro
que no estamos dispuestos a ser nosotros las víctimas.

—Puede
haber
una
transacción.

—

¡No
habrá
transacción!

Rose miró otra vez los hilos. Las arañas seguían avanzando
hacia el lugar donde ella se encontraba con Mitchell.

El encendedor había quedado en el suelo, a un palmo de su mano.

Podía alcanzar el mechero y lanzar la llama contra las arañas.

¿No había sido así como

Betty logró escapar, arrojando un candelabro a la cara de Mitchell?

—Señor Mitchell —dijo, y se preparó para atrapar el encendedor—. Le voy a hacer la última súplica.

—

Ahórresela.

—Me encargaré de traer víctimas a este lugar. ¿Se da cuenta? Yo seré una colaboradora de ustedes. Siempre ha habido colaboracionistas en las guerras. Y yo estoy dispuesta a ocupar su lugar.

Cogió

el

mechero.

Había

logrado

distraer

a

Mitchell.

—No, señorita Marlowe. No necesitamos colaboraciones de las mujeres de su clase. Para ello vamos a tener a nuestras propias mujeres. Levántese.

Rose se levantó con pesar. Se movió débilmente como si no tuviese fuerzas.

No quiso mirar a sus espaldas porque las arañas estaban ya muy próximas y tenía miedo de que el horror la paralizase.

Encendió

el

mechero.

Mitchell

lanzó

un

grito.

—

Déme
eso.

Rose saltó, alejándose de Mitchell, y al mismo tiempo alargó la mano y aplicó la llama del encendedor a la telaraña.

Se produjo una llamarada y las arañas que estaban más cerca lanzaron chirridos mientras caían al faltarles el apoyo del hilo que se quemaba.

Mitchell se abalanzó sobre Rose, pero ésta le aplicó la llama a la mano con la que la iba a sujetar. Y entonces Rose vio algo asombroso. Aquella mano se quemó como si fuese de paja.

Mitchell retrocedió lanzando un chillido, mientras las llamas corrían por su brazo como si estuviese relleno, de pólvora.

Rose no esperó a
ver el resultado de
aquello.

Arrojó el encendedor hacia el fondo de la pared donde estaba la araña reina pegando alaridos.

Empezó

a

subir

la

escalera.

Detrás de ella se

produjo una

conmoción. Oyó

gritar a Berta:

—¡Déjemela a mí! ¡Yo me encargaré de ella!

Rose logró salir del sótano.

Al volverse, vio que Berta subía por la escalera con la boca abierta, babeante, los ojos llenos de cólera.

Rose dejó caer la trampilla y buscó
con manos ávidas el candado.

Tuvo la suficiente serenidad para
pasarlo, y se apartó del sótano. Berta
empezó a golpear la trampilla desde
abajo.

—

¡Abra,
maldita!

¡Abra!

—Ahí se queda, Berta. Ya no le hará falta ser tan
seductora con los hombres.

—¡Maldita! ¡Abra maldita!

¡No podemos abrasarnos!

Rose corrió hacia su
automóvil.

Observó
con
temor
la
casa.

¿Era el sótano el único lugar ocupado por los monstruos o habría otros? No, no podía detenerse para comprobarlo.

Se metió en el
coche y arrancó
velozmente.

No tardó mucho en llegar hasta la carretera principal. Hizo girar el volante y se dirigió a

Union
City.

Nunca había hecho
correr tanto su
automóvil.

La aguja del velocímetro llegó a alcanzar
las ciento cincuenta millas.

«¿A dónde vas, Rose? ¿A la policía? Ese es tu camino. Pero recuerda lo que le pasó a Betty. Está en un hospital, sometida a tratamiento psiquiátrico. Contigo harán lo mismo. ¿Cómo van a creer que unos seres extraños que vienen de un planeta llamado Arácnida están aquí, convirtiéndose en mujeres hermosas para seducir a los hombres? No, Rose, quítatelo de la cabeza. No te van a creer.»

Se mordió el labio inferior porque le iba a resultar muy difícil convencer a una sola persona de la verdad.

Llegó
a

Union
City.

Tenía que
intentarlo a
pesar de
todo. Detuvo

el auto ante
la comisaría.

Entró sin llamar y un hombre con uniforme que estaba
guardando algo en un archivo se volvió.

Recordó que un policía había hablado con el doctor Lawson.

El sargento Norman
Bannister.

—

¿Qué
desea,
señorita?

—Me llamo Rose Marlowe y deseo hablar
con el sargento Bannister.

—Está ocupado ahora.

¿De qué le quiere
hablar?

—De un asunto
relacionado con
Betty Harris.

—¿No es la paciente que está en el hospital y que confunde a
las enfermeras con mujeres-araña?

—

Sí,
es
la
misma.

—¿Y
qué
quiere
del
sargento?

—

Se
lo
diré
a
él.

—Está bien,
señorita. Veré si
puede recibirla.

El policía entró en una habitación y Rose tuvo que esperar un par de minutos. Al fin, el policía salió y dijo:

—Puede
pasar,
señorita
Marlowe.

El sargento Bannister estaba tras de una mesa, consultando unos papeles, pero apartó la mirada de ellos para detenerlos en su visitante.

—Usted debe ser la amiga de Betty Harris que mandaron llamar a Los Angeles.

—
Sí,
sargento.

—
¿Hay
algo
nuevo?

—
Hay
mucho,
sargento.

—
Diga,
la
escucho.

Pero el sargento volvió a mirar los papeles que tenía entre las manos. Rose dijo:

—Yo también he
visto a las
mujeres-araña.
Bannister siguió
mirando los
papeles.

—
Ya

—
gruñó.
—¿Es que no me ha oído?

—gritó Rose, fuera de sí.

—Oh, sí, señorita. Ha visto a las arañas. Aquí hay bastantes.
El Ayuntamiento se gasta más de cien mil dólares al año en la
limpieza de la ciudad. Y uno de los apartados de ese
presupuesto es el que destina a combatir los insectos. De
todas formas, le pediré al alcalde que aumente un poco más
el destinado a combatir las arañas.

Rose dio
una
patada
en el
suelo.

—¡Sargento Bannister, no he venido
aquí a gastar una broma! Bannister
se puso en pie.

—Señorita Marlowe, nuestro deber como policías es proteger
a los ciudadanos. ¿La mordió una araña? De acuerdo, en
cuanto la vea, la pondré una multa.

Rose dio media vuelta y salió de la comisaría porque no quiso
que el sargento continuase
riéndose
de
ella.

CAPITULO XI

Había ocurrido
tal como ella
esperaba.

¿Quién iba a creer en arañas que se transformaban en mujeres? Era luchar contra lo imposible.

Se metió en el
coche y lo puso
en marcha.

¿A
quién
podía
solicitar
ayuda?

Al ejército. Conocía a un general. Había trabajado como colaborador en la televisión. No era un tipo muy simpático, pero, después de todo, como militar, su primera obligación era defender al país contra todos los enemigos. Iría al hotel y llamaría al general Adams. Sí, ése era su nombre. Estaba destinado en Los Angeles.

De pronto, su coche chocó con el de delante.

Otra vez se había distraído.

Pero esta vez no había golpeado a un convertible rojo, sino a un convertible azul, y también había oído los cristales rotos.

El hombre que conducía el convertible azul saltó del asiento delantero y Rose vio, asombrada, que era el mismísimo Barry Morgan. Vestía también atuendo deportivo, chaqueta a rayas y pantalón blanco. Se cubría los ojos con gafas oscuras y se las quitó.

—¿Qué, señorita Marlowe? ¿Entrenándose para la carrera de Indianápolis?

Ella
levantó

la
barbilla.

—No
quiero
hablar
con
usted.

—¡Pues tendrá que hablar y, sobre
todo, me tendrá que pagar!

—
¡Usted
no
me
arruinará!

—No se preocupe. Tendré paciencia. Si no tiene dinero
suficiente para pagarme, me haré cargo de las circunstancias
y esperaré a que me paguen sus hijos.

—Señor Morgan, esta
vez yo no fui la
culpable.

—Señorita Marlowe, ¿qué es lo que ve usted ahí? —estaba
señalando un semáforo—. No son farolitos, señorita Marlowe.
Es un juego de luces y sirve para que los conductores pasen
o no pasen. Se compone de tres colores. Son muy bonitos: el
rojo, el ámbar y el verde. ¿O me va a decir que ninguno de
ellos le gusta y por eso no los respeta?

—Sus
ironías
resbalan
por mi piel.

—Está bien. Llamaremos a la policía a ver si ellos
también patinan por su piel.

Rose se asustó. Acababa de hablar con el sargento Bannister
para anunciarle que ella había visto las mujeres-araña. Y
había chocado con Barry Morgan. El sargento Bannister
sumaría dos y dos. Y el resultado sería camisa de fuerza.
Decidió

cambiar
de
táctica.

—Señor Morgan,
¿no podríamos
arreglarlo?

—Si
está
dispuesta
a
pagar...

—¿Por qué es tan materialista?

—se indignó otra vez Rose.

—Señorita Marlowe, tengo mi convertible rojo en el taller, y mientras tanto, alquilé un convertible azul. Y ahora tengo que llevar el convertible azul al taller. ¡Y si alquilo un convertible verde, me temo que, dentro de unas horas, tendré que meter el convertible verde en el taller! ¿Qué se ha propuesto, señorita Marlowe? ¿Que me convierta en un peatón mientras usted permanezca, en esta ciudad?

—

Lo
siento.

—

¿Lo
siente?

—

Sí.

—Cuánto le debe
haber costado
decir eso.

—No me
vuelva a
llamar
creidilla.

—De acuerdo, no se lo
volveré a llamar,
orgullosa.

—¡No
me
llame
orgullosa
o...!

—¿O me
aplasta
como a
una araña?

—¡No!

—Rose
pegó un
chillido.

—

¿Qué
le
pasa?

—

¿Dijo
araña,
señor
Morgan?

—

Sí,
dije
araña.

—

Pero
usted
no es
una
araña.

—Señorita Marlowe, si tiene dudas acerca de lo que soy,
dígame el número de su habitación.

—

No
juego
al
póquer.

—Precisamente no jugaríamos al póquer. Tampoco lo juego
cuando estoy con una mujer a solas.

—¡Señor
Morgan, es
usted un
cínico!

—Recuerde, soy el pirata Morgan.

¿Qué puede esperar de mí?

Rose entornó los ojos mientras observaba el bronceado y viril
rostro de aquel hombre. La palabra viril repercutió en su
mente. Sí, eso era lo que se necesitaba para combatir a esas
mujeres-araña. Un hombre viril. ¿Por qué no lo intentaba?
Barry Morgan podría ser un gran aliado. El general Adams
estaba demasiado lejos de ella, en Los Angeles, y tampoco la
creería. Ella era una guionista de televisión y el general
creería que había dado rienda suelta a la imaginación.

—Señor
Morgan,
acepto
su cena.

—

¿Qué?

—

Acepto
cenar
con
usted.

—

¿La
he
invitado?

—No, pero
me invitó
esta
mañana.

—Sí, señorita Marlowe, la invité esta mañana,
pero luego me comprometí.

—

¿Con
quién?

—

Con
una
chica
muy
mona.

—

Puede
prescindir
de
ella.

—

Pero

no
voy
a

prescindir.

—¿Por qué no? —casi gritó Rose

—. ¡Yo estoy antes que ella!

—Señorita Marlowe, le dije que era usted muy bonita, pero no me gusta que me impongan condiciones, sobre todo las mujeres. De modo que no voy a cenar con usted. Lo haré con la joven que tengo citada en mi habitación. Y perdone, pero se me hace tarde. Llevaré el convertible al taller y ya le diré cuál es la cuenta de gastos.

Rose fue a responder, pero Barry

Morgan se retiró hacia su coche.

Sintió deseos de arremeterle otra vez. Pero Morgan apretó a fondo el acelerador y se marchó.

Rose llevó su auto al
aparcamiento subterráneo del
hotel. No vio a nadie.

Saltó del auto y se quedó inmóvil, como si se hubiese
convertido en una estatua de sal. Al lado de una columna
estaba Berta. Vestía un vestido de noche que dejaba sus
hombros al descubierto y sonreía.

—
Hola,
querida

—dijo

Berta.

—¿Qué hace usted aquí?

¿Cómo pudo llegar tan pronto?

—Tenemos medios para
llegar a cualquier parte.

—Creí
que se
había
quemado.

—Mitchell logró
apagar su maldito
incendio.

—
¿A
qué
ha
venido?

—
A
por
usted,
querida.

—
¿Para
qué?

—Para
llevarla a la
casa de
Mitchell.

—Está loca si
cree que voy a
ir a la casa.

—
Entonces,
le
pasará
algo
peor.

—
¿Qué
cosa?

—Acabaré
con usted
aquí
mismo.

—Eso le va a
costar un poco
de trabajo.

—
¿Por
qué
piensa
eso?

—
Es
una
mujer
como
yo.

—
Aparentemente.

—Tiene las

mismas
formas que
yo.

—

Aparentemente.

—No tiene nada que la haga superior a mí, Berta. ¿O la debo llamar mujer-araña?

—Tengo un
poder que
usted no
tiene.

—Me gustaría que me
hiciera una
demostración.

—Se la haré
con mucho
gusto, querida.

Berta encanutó los labios, pero no silbó. A través de ellos empezó a destilar un hilo como una araña. Y el hilo quedó prendido en la columna, y moviendo la cabeza con rapidez, empezó a tejer una red.

Rose
estaba
llena
de
pavor.

Berta cortó aquel
hilo y miró otra vez
a Rose.

—¿Lo ve, querida? Puedo acercarme a
usted y rodearla con mi red.

—

¿Y
luego?

—¿No vio
lo que le
pasó a

Francis?

—

Me
devorará.

—Usted
es un
bocado
exquisito.

—Gracias, es la primera vez
que me lo dice una mujer.
Berta echó a andar hacia
ella.

—

¡Quédese
quieta!
Rose
retrocedió.

—Oiga,
Berta,
podemos
ser
amigas.

—Es lo que
vamos a ser:
buenas amigas.

—Hace una noche muy hermosa. Usted y yo podemos dar un paseo.

—

¿Hasta
la
comisaría?

—

Si
se
acerca
más,
grito.

—No la
oirá nadie.
Estamos
solas.

—Aquí hay
un
empleado
nocturno.

—Había
un
empleado
nocturno.

—

¿Qué
hizo
con
él?

—

¿No
lo
supone?

—

Lo
devoró.

—No hizo falta. El pobre sufrió un accidente.

—

¿Qué clase de accidente?

—Le pasó un coche por encima, justo el que yo puse en marcha.

—

¿Por qué hizo eso?

—Para quedarme a solas con usted. Es tan linda.

Rose dio media vuelta y echó a correr. Pero de pronto vio delante de ella a Berta. Se asombró. Aquella mujer poseía una gran facilidad para trasladarse y sólo tenía dos brazos y dos piernas como ella.

—

¿Cómo lo hace?

—Le haré una demostración en su obsequio.

Berta se agachó, apoyando las manos en el suelo, y empezó a desplazarse a derecha y a izquierda con una gran rapidez. Se movía como una araña. Luego, se enderezó y sonrió a Rose, que la miraba asombrada.

—No intente escapar, señorita Marlowe. No lo va a conseguir. Trate de ir hacia la derecha y allí estaré yo antes de que usted llegue. Trate de ir hacia la puerta y me tendrá en el hueco antes de que pueda escapar.

Rose
levantó
su
bolso.

—Tengo el arma necesaria
para luchar contra usted.

—

¿Cuál?

—El
fuego
de mi
encendedor.

Berta
se
echó a
reír.

—El
encendedor
se lo dejó en
la casa.

—

Tengo
otro.

—Si tuviese otro, no me lo habría dicho. Habría hecho las cosas como las hizo en el sótano. Distraerme para sacar el encendedor.

Berta avanzó otra vez
hacia Rose mientras
agregaba:

—Y ya discutimos todo lo que teníamos que discutir, señorita Marlowe. Ahora debe comportarse como una buena víctima. Rose tampoco se estuvo quieta. Retrocedió hacia el interior del aparcamiento.

Berta
la
seguía
sonriente.

Rose echó a correr entre dos coches, dobló a la izquierda y luego a la derecha. Y se encontró en un rincón. Se volvió para escapar, pero no llegó a dar un solo paso porque allí tenía otra vez a Berta.

—Le agradezco que haya venido aquí, Rose. En un rincón es más fácil hacer una red.

—

¡No,
no
la
hará!

Berta destiló por su boca aquel hilo que quedó prendido en la pared. Y luego, con mucha rapidez, fue hacia el otro muro, donde quedó prendido el hilo. Y siguió desplazándose a derecha e izquierda, siempre destilando por su boca.

Rose manoteó contra el hilo, pero no podía romperlo porque era elástico, y poco a poco quedaba prendida en aquella red igual que una mosca.

CAPITULO XII

Rose seguía debatiéndose contra los hilos que tejía Berta. Estaba prisionera. No, no podía desprenderse de aquella madeja.

—¡Maldita

araña!...

¡Repugnante

araña!...

Berta reía mientras seguía destilando por su boca el hilo plateado, que se iba convirtiendo en una verdadera celda para Rose, una estrecha celda de la que nunca podría escapar.

Los ojos de la prisionera descubrieron un extintor de incendios. Pero estaba demasiado lejos, a unos dos metros. ¿Cómo no lo había visto antes? Tenía que llegar al extintor.

Pegó un puñetazo a Berta cuando pasó por su lado.

Berta se desplomó lanzando un chillido.

Rose trepó a la red que tenía ante ella, igual que los soldados trepaban por las redes en un ejercicio militar.

Lo estaba consiguiendo. Se estaba acercando. Oyó un chillido abajo.

Berta se estaba dando cuenta de lo que Rose trataba de hacer.

—

¡Baja,
maldita!

Rose cogió el extintor y entonces vio cómo Berta utilizaba sus manos y sus piernas para trepar a la pared y correr hacia ella. Berta estaba llegando a su lado y tenía las fauces abiertas. Ya no se comportaba como una mujer, sino como lo que era, como una araña, a pesar de que tuviese figura de mujer. Rose lanzó un chorro de espuma sobre Berta y ésta resbaló

sobre la pared y se deslizó, cayendo en el suelo.

Otra vez intentó trepar, pero ahora la pared estaba resbalosa y sus cuatro miembros no podían impulsarla hacia arriba.

Rose siguió proyectando sobre el monstruo los chorros del líquido.

Berta quedó aprisionada entre la masa, que para ella resultaba como una trampa, al no afirmarse sus miembros en el suelo.

Rose bajó por la pared, pero lo hizo por la otra parte, escapando del rincón donde había sido aprisionada.

Berta soltó

chillidos

por sus

fauces.

Rose echó a correr y salió del estacionamiento después de abandonar el extintor.

Esta vez, la policía le haría caso porque tenía pruebas. El cadáver del empleado del aparcamiento que había sido asesinado por Berta. Y a la propia Berta atrapada entre la espuma.

Entró

corriendo

en la

comisaría.

El sargento Bannister estaba hablando con un policía.

—

¡Sargento
Bannister!

—¿Qué vio
esta vez,
señorita
Marlowe?

—

¡La
mujer-
araña!

—¿Otra
vez,
señorita
Marlowe?

—No se entretenga, sargento
Bannister. Venga conmigo.

—
¿A
dónde?

—
Al
hotel
Murray.

—¿Por qué no se quejó a la dirección del hotel si vio
una araña en su habitación?

—¡Sargento, le exijo que me acompañe! ¡No hay ninguna araña en mi habitación! ¡Es un monstruo lo que hay en el hotel Murray, exactamente en el aparcamiento!

El sargento miró a su subordinado y dio un suspiro.

—La de cosas que uno tiene que oír un sábado por la noche, ¿eh, Hilman?

—Sargento, está a tiempo de impedir una catástrofe. Le falta saber una cosa. Un empleado del aparcamiento fue asesinado.

—

¿Qué?

—

Lo mataron.

—

¿Quién lo mató?

—

La mujer-araña.

—¿Conque ocurrió eso? ¿Y cómo lo mató?

—La mujer-araña hizo pasar un coche por encima del empleado.

—De modo que las arañas tripulan coches. ¿Y quién les dio el permiso de conducir?

—¡Está perdiendo un tiempo precioso, sargento!

En aquel momento se oyó el aullido de una sirena y casi inmediatamente el teléfono se puso a sonar.

El policía
Hillman
atrapó el
receptor.

—¿Cómo?... ¿El
hotel Murray?... En
seguida. Colgó y
miró al sargento.

—Se ha declarado un
incendio en el hotel
Murray.

—
¿En
qué
parte?

—
En
el
aparcamiento.
El sargento
desvió los
ojos hacia
Rose.

—¿Qué decía del
aparcamiento, señorita
Marlowe?

—¡Es usted un incompetente, sargento! ¡No se lo voy a
repetir! ¡Ya se lo conté todo y estoy segura de que no lo ha
olvidado!

—Venga
conmigo,
señorita
Marlowe.

Rosé viajó con el sargento
en el coche de la policía.

Los bomberos ya estaban haciendo su trabajo. Habían
penetrado con sus mangueras en el aparcamiento del hotel.

El sargento
cogió de la
mano a
Rose.

—

Sígame.
Los dos entraron
en el lugar del
sinistro.

—¿Qué pasó, Chester? —
preguntó Bannister a un
bombero.

—Una llamada urgente. Un hombre trajo el coche para
estacionarlo y observó un trozo de aparcamiento que estaba
ardiendo. Era en el fondo. Nada de importancia. Hemos
llegado a tiempo y acabaremos en seguida con el incendio.

—

¿Pérdidas?

—Algunos coches incendiados. Muy
poco para lo que pudo pasar.

—

Gracias,
Chester.

El sargento y Rose se internaron en el aparcamiento y fueron
hacia el lugar donde los bomberos seguían proyectando el
agua de sus mangueras.

Había mucho humo en donde se
había provocado el incendio.

Rose se sintió llena de ira porque el lugar siniestrado era el mismo en que ella peleó con Berta. Uno de los bomberos se detuvo ante Bannister.

—Lo siento, sargento, pero hay una víctima.

—

¿Quién?

—El empleado nocturno Max Roberts ha ardido completamente. No sé qué le pudo pasar.

—¿Está seguro de que hay una sola víctima?

—

¿Por qué pregunta eso?

—¿No ardió también una mujer?

—

No.

—Ya lo ha oído, señorita Marlowe. Efectivamente, hubo un muerto: el empleado nocturno.

—Es usted muy listo, sargento. Pero no saca una conclusión de todo esto.

—

Sí,
y
no
me
gusta.

—

¿Y
cuál
es?

—Prefiero reservármela hasta que haga algunas investigaciones con respecto a la víctima. No abandone la ciudad, señorita Marlowe.

—No
pienso
abandonar
la ciudad.

—Será mejor que me
espere en su
habitación.

—

De
acuerdo,
sargento.

Rose no necesitaba buscar los restos de Berta. La mujer-araña habría ardido hasta consumirse. De una cosa estaba seguro: el incendio habría sido provocado por una de ellas.

Sintió un escalofrío porque eso quería decir que había otras mujeres-araña en Union City. Una de ellas, Berta, había venido en su busca. Pero, ¿y la otra? ¿O debía preguntar por las otras? No, no podía esperar en su habitación a que llegase el sargento Bannister y le hiciese preguntas tontas.

Pensó de nuevo en Barry Morgan. Era el único hombre de Union City al que podía recurrir. Preguntó al botones la habitación de Barry Morgan y subió en el ascensor.

Llamó
a
la
puerta.
Barry
la
abrió.

—¿Me trae el

dinero, señorita
Marlowe?

—

Quiero
hablar
con
usted.

Rose trató de
entrar, pero él se
lo impidió.

—Señorita

Marlowe, estoy
con mi invitada.

—Señor Morgan, es muy grave
lo que le tengo que decir.

—

¿Atropello
esta vez
al
alcalde?

—No, señor
Morgan. Es algo
mucho peor.

—Muy
bien.

¿De
qué se
trata?

—No se lo puedo decir aquí. Rose pegó un empujón a Barry y
lo mandó tambaleando al interior de la habitación.

Luego entró ella y cerró a sus espaldas.

Barry la señaló con la mano.

—Señorita Marlowe,
debe hacer mucha
gimnasia.

—Escúcheme, Morgan. Le han pegado
fuego al aparcamiento del hotel.

—Ya me lo dijeron,
pero no fue
importante.

—Murió
el
empleado
nocturno.

—
Lo
siento
por
él.

—Eso lo podría haber sabido más tarde, como supo lo del incendio por medio de un botones. Pero el botones no le habría dicho lo que yo le voy a decir. También murió abrasado un monstruo.

—
¿Un
qué?

—
Una
mujer-
araña.
Barry
hizo
una
mueca.

—Señorita Marlowe, chocó contra otro coche, pero ahora usted debió ser la víctima. Se hizo daño en la cabeza y no sabe lo que dice. Ande, vaya a su cuarto, duerma un poco y mañana hablaremos con más tranquilidad. Recuerde que tengo un compromiso.

Rose miró a la terraza donde estaba la mujer invitada por Barry. Sólo pudo ver un poco su perfil. Le recordó a alguien.

—
¿Quién
es ella,
señor
Morgan?

—Una
chica que
conocí en
un bar.

—

¿Cuándo?

—

Hace
una
hora.

Entonces aquélla
movió ligeramente la
cabeza.

Rose la pudo ver, y tuvo la impresión de que su corazón le
golpeaba contra las costillas porque la invitada de Morgan era
la araña-reina.

CAPITULO XIII

Rose dio unos pasos hacia la terraza,
señalando a la invitada de Barry.

—

¿Qué
hace
usted
aquí?

—Señorita Marlowe —repuso Morgan—, creo
que se está extralimitando.

—

Barry,
¿qué
sabe
de
ella?

—Que se llama Iris Parker y que no me ha
atropellado con su automóvil todavía.

—¿Le ha preguntado
a qué se dedica? —
Claro.

—

¿Y
qué
le
contestó
ella?

—

Trabaja
en
San
Francisco.

—

¿Dónde?

—

En
una
oficina.

—

¿Qué
oficina?

—Una firma que se dedica a la
importación y exportación.

—¡La
señorita
Iris Parker
le mintió!

—

¿Ah,
sí?

—No trabaja en una firma de
importación y exportación.

—

¿Y
qué
hace
según
usted?

—

Hace
telarañas.

—

¿Qué?
¿Cómo?

—¡Hace
telarañas,
es una
araña!
Barry cerró
los ojos y los
volvió a abrir.

—Señorita Marlowe, ha sufrido una conmoción más importante de lo que yo creía. No debe ir a su habitación, sino al hospital.

—En el
hospital ya
tengo una
amiga.

—Pues vaya a hacerle compañía, y que el doctor la salve también.

—Esa amiga, Betty Harris, fue la primera en descubrirlas. ¡Y me estoy refiriendo a las mujeres-araña! ¡Una de ellas quedó abrasada en el incendio del aparcamiento del hotel! ¡Y entérese, señor Morgan! ¡Abra bien los oídos! ¡La mujer que conoció en el bar y que dice llamarse Iris Parker es la araña-reina!

—Siempre he
sido un tipo de
categoría.

—No, señor Morgan. Ahora es el más imbécil de todos los hombres por haberse dejado engatusar por ella. Es lo que pretenden: seducirles a ustedes. Y ella debió encontrar que usted es muy apetecible.

Iris Parker, que había estado todo el tiempo callada, sonrió y dijo:

—Señorita Marlowe, he escuchado sus absurdas acusaciones y comprendo a qué se deben.

—
Hable,
la
escucho.

—
Está
celosa.

—
¿Yo
celosa,
arañita?

Iris
lanzó
una
carcajada.

—Sí, señorita Marlowe, este
hombre le interesa a usted.

Rose miró a Barry mientras se le
atropellaban las palabras en la boca.

—
¿Ha
oído
eso?

—Claro que lo he oído. Y estoy esperando que responda.

—¡De acuerdo!

¡Usted me interesa,
Morgan!

—No me diga que le pegué el chinazo. Es usted quien me las está pegando todas. Y me refiero a los tortazos que me pega con su automóvil.

—¡No me interprete mal, pirata Morgan! ¡Sólo me interesa que usted me ayude!

—

¿Ayudarla
a aprender
a
conducir?

—¡Otro chistecito como ése y le muerdo!... Su invitada es la reina de las arañas. Proceden de un planeta que se llama Arácnida. Al principio son como todas las arañas, y luego se convierten en mujeres.

—Pues deben tener un procedimiento muy bueno. Hay que ver lo hermosas que se ponen.

—

¿Quiere
dejar
de
bromear?

—¿Quién bromea con
quién, señorita
Marlowe?

—

Le
puedo
dar
una
prueba.

—

Démela.

—Diga
a Iris
que se
desnude.

—Señorita Marlowe, la acabo de conocer hace poco. ¿Cómo quiere que me haga tan pronto una sesión de *strip-tease*?

—¡Sólo quiero que vea
lo que hay bajo su
vestido!

—Señorita Marlowe, estoy viendo un trozo de la piel de Iris Parker y tiene un color muy bonito, muy parecido al de usted. Como a mí me gusta.

—
¡Pero
lo de
abajo
es
negro!...

—¿Se
refiere a
la
combinación?

—Me refiero a la carne, señor Morgan. Ellas tienen el abdomen y el pecho recubierto de algo parecido al esmalte negro.

Iris Parker tenía
todavía la sonrisa en
los labios.

—Señor Morgan, ¿hasta cuándo vamos a soportar las tonterías de esta joven?

—No se preocupe, Iris. Me libraré de ella en seguida.

Barry cogió del brazo a
Rose.

—
Vámonos,

Rose.

Ella se desasíó de un tirón y echó a correr hacia la terraza.

Llegó junto a Iris y, atrapándola por el borde del vestido, dio un tirón fuerte.

El vestido se desgarró, dejando al descubierto gran parte de la espalda de Iris.

Y Barry Morgan vio, asombrado, que la tela había estado escondiendo un trozo del cuerpo de aquella mujer que parecía de esmalte negro.

—

Levántate,

Iris —

dijo

Barry.

La

hermosa

joven no

se

levantó.

—¡He dicho que te levantes, Iris! ¡Yo mismo te quitaré la ropa!

Quiero ver más de lo que estoy viendo.

Iris se levantó y ocurrió la transformación. Abrió sus fauces y por ellas destiló un hilo. Su cara fue horrible.

Y luego echó las dos manos al suelo y, moviéndose con una gran rapidez, se subió a la terraza y desapareció por abajo del muro.

Morgan se había

quedado blanco como

el yeso.

Rose reaccionó
antes que él. Corrió
al muro.

—

¡Se
escapa,
Barry!

Morgan recuperó el
movimiento y fué al lado de
Rose.

Se asomó por el borde de la terraza y vio una sombra negra
muy lejos que había pasado del hotel a otra casa y que, en
pocos segundos, se confundió con la oscuridad de la noche.
Barry cogió un vaso de whisky y bebió un trago.

—

Si
no
lo
veo
no
lo
creo.

Rose le
quitó el
vaso de
whisky.

—¡No
podemos
perder el
tiempo!

—¿Qué quiere? ¿Que hagamos
una carrera con ese bicho?

—

Yo
sé
dónde

va.

—Estupendo.

Avisaremos a
la policía.

—No podemos ir a la policía porque no nos harán caso. Lo intentó mi amiga, lo intenté yo y nos tomaron por chifladas. Si usted le cuenta a cierto sargento Bannister que ha visto bajar por el muro del hotel a una mujer a cuatro patas, lo encierran.

Barry
sacudió
la
cabeza.

—

Convencido.

—

Tenemos
que
acabar
con
ellas.

—

¿Cuántas
hay?

—Centenares. La mayoría son arañas, aunque un poco gordas. Pero sólo algunas de ellas han logrado transformarse en mujeres.

—¿Y cómo
acabaremos
con ellas?

—Ya
se lo
diré
por el
camino.

*

*

Rose Marlowe y Barry Morgan bajaron del coche. La casa estaba a unas cien yardas. Era la casa de Mitchell, el refugio de las mujeres-araña, llegadas de otro planeta.

—
¿Listo,
Barry?

—
Sí.

Los dos prendieron fuego a las antorchas que llevaban en la mano y las arrimaron a los arbustos secos.

Barry se desplazó hacia la derecha y Rose hacia la izquierda.

Corría un fuerte viento. Los arbustos espinosos ardieron como la yesca. Y algunos que estaban sueltos rodaron, haciendo arder a otros.

En pocos instantes, aquel lugar fue presa de las llamas, que avanzaban rápidamente hacia la casa.

A la luz de aquel incendio vieron cómo salían. Primero, cuatro, y entre ellas estaba la reina, la mujer-araña que se había hecho pasar por Iris Parker; luego salió Mitchell. Y aquellas mujeres abrieron las fauces y empezaron a pegar chillidos.

Mitchell
gritó:

—¡Malditos!... ¡Malditos sean!

¡Hay que marcharse de aquí!

Las mujeres-araña avanzaron irreflexivamente hacia los dos jóvenes que habían provocado el incendio, y cuando quisieron retroceder, no pudieron porque el fuego les

había cerrado el paso. Algunas empezaron a arder. Otras se pusieron a cuatro patas para huir con su característica rapidez, pero las llamas prendieron en ellas y se consumieron entre terribles alaridos.

Las arañas salieron de la casa mientras Mitchell gritaba:

—

¡Hay
que
huir!

Las llamas les- hicieron retroceder hacia el interior de la casa porque habían prendido en el porche.

Rose y Barry se habían reunido y él la enlazó por la cintura, atrayéndola hacia sí. Los dos estaban contemplando lo que ocurría.

La casa estaba ardiendo por los cuatro costados. Del interior salían escalofriantes chirridos.

—Lo hemos conseguido, Barry —dijo Rose—. Hemos librado al mundo del mayor de los horrores.

—Y empezaste por librarme a mí.

¿Por qué me elegiría la reina?

—Está bien claro que ellas estaban al corriente de que yo me había relacionado contigo, y que acudiría a ti cuando me fallase la policía. Te condené a muerte desde el momento en que te pegué el primer topetazo.

—A propósito de topetazo, ¿cuánto me debes?

—

Tú
dirás.

Barry la atrajo hacia sí y la besó en la boca. El beso fue largo, y cuando ella apartó los labios, preguntó:

—¿Ya está saldada la cuenta,
Barry? —Que te crees tú eso.

—Barry, si te voy a pagar la factura en besos, quisiera saber cuánto va a durar.

—¿Sabes una cosa? Desde que me pegaste con el automóvil, te eché el ojo y me dije:

«Barry Morgan, si no haces a esta mujer tu esposa es que no vales para nada». Rose se echó a reír.

—Nunca pude imaginar que me convirtiese en la esposa de un pirata.

Y entonces Rose saltó al cuello de él y sus bocas quedaron unidas en un largo beso.

F
I
N